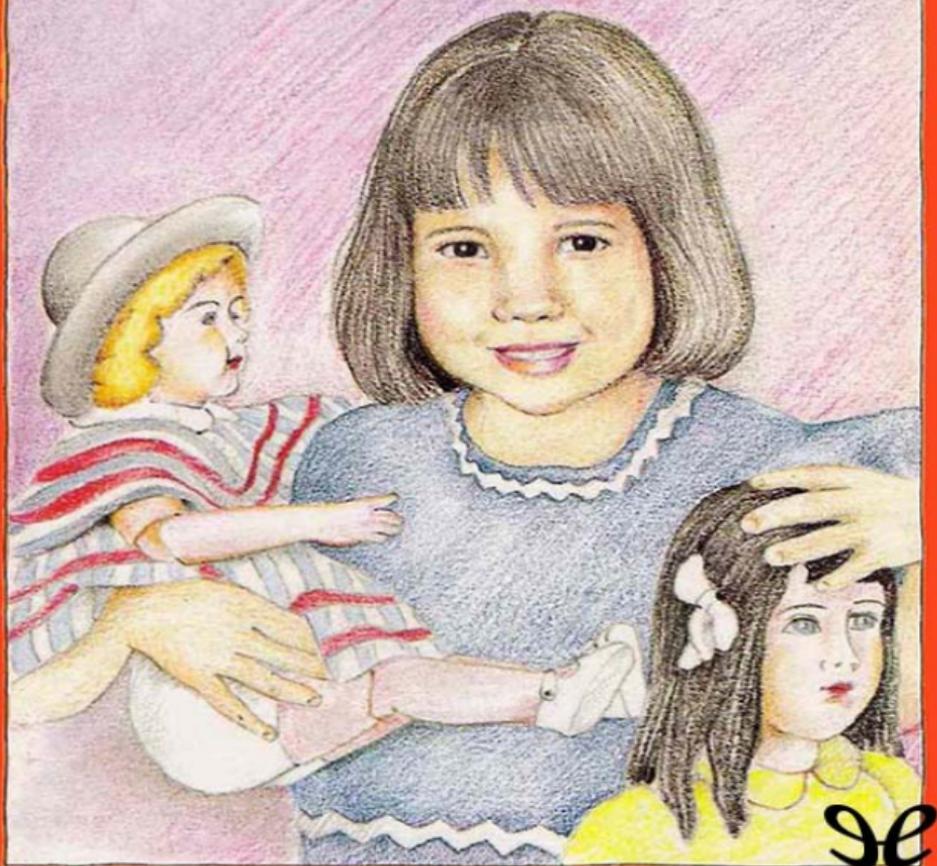




EL BARCO DE VAPOR

Willi Fährmann

Un lugar para Katrin



«Lunar, lunar...» cantaban las niñas, y Katrin, instintivamente, se tocaba la mejilla. No querían jugar con ella porque tenía aquel lunar color chocolate. Sólo había una forma de que Katrin entrara en el grupo: que les contara siete cuentos nuevos.

Gracias a los muñecos y a su lunar —que no era un lunar cualquiera— pudo conseguirlo. ¡Quién lo iba a decir!



Willi Fährmann

Un lugar para Katrin

ePub r1.0

nalasss 14.09.13

Título original: *Ein Platz für Katrin*

Willi Fahrman, 1977

Traducción: Manuel Olasagasti

Ilustraciones: Julia Díaz

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0



Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado:
«¡Lorado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

La niña del lunar

EL PATIO era hondo y oscuro. Estaba rodeado por unos muros muy altos. Siempre había humedad entre las casas, hasta en los días claros, cuando el sol brillaba en el cielo. En la entrada estaban los cubos de la basura. Había cuatro niñas sentadas en ellos: Dora, Elena, Beate y Sigrid. Parecían aburridas y balanceaban las piernas.

Katrin se encontraba de pie, un poco apartada de las demás. Se armó de valor

y dijo:

—¿Queréis que traiga mi casa de muñecas?

Ninguna de las cuatro contestó. Katrin no significaba nada para ellas. Las niñas vivían en su mismo bloque, pero no eran amigas de Katrin.

—Si queréis, os cuento un cuento — lo intentó de nuevo.

—¿Un cuento bonito? —preguntó Elena.

—Sí, un cuento bonito —prometió Katrin.

—Venga, empieza —gritó Sigrid.

Katrin dio algunos pasos y se acercó a los cubos de basura.

Le temblaba un poco la voz cuando empezó:

—Érase una vez una niña pequeña que llevaba una...

No pudo seguir. Sigrid le quitó la palabra, imitando su voz:

—... que llevaba una caperuza roja.

Las cuatro gritaron a coro:

—*Caperucita Roja*. Ese cuento ya lo sabemos.

Katrin sintió un nudo en la garganta. Empezó otra vez:

—Érase una vez un molinero muy pobre, pero tenía...

Sigrid volvió a interrumpirla:

—... pero tenía una hija muy

hermosa.

—*El molinero y el rey.* Ya lo sabemos —gritaron las cuatro.

Elena dijo:

—¿Es que no puedes contarnos un cuento que no conozcamos?

Katrin se volvió a apoyar en la pared. Estaba muy triste porque no sabía ningún cuento nuevo.

—Vamos a hacer una casa —propuso Elena.

—Necesitamos una cocina —dijo Beate.

—También una sala de estar y un dormitorio —dijo Dora.

—Yo puedo traer mi cocina —se

atrevió a decir Katrin.

—¿Va a jugar con nosotras? — preguntó Dora, arrugando la nariz.

—Tiene una cocina muy bonita — contestó Elena—. Nos puede servir.

—¡No, Katrin no puede jugar con nosotras! —gritó Sigrid, y golpeó el cubo con el talón de su zapato.



—¿Por qué no? —preguntó Katrin —. Le temblaban los labios. Apoyó su espalda en la negra pared y miró a las niñas.

—Eres tonta —dijo Elena.

—Eres una llorona —dijo Beate.

—No sabes más cuentos —dijo

Dora.

—Y tienes un lunar en la cara —gritó Sigrid, antipática.

Katrin sintió pánico. Se llevó la mano al lunar de color chocolate que tenía en la mejilla. Las cuatro juntaron sus cabezas y empezaron a cuchichear entre sí. Al final, Sigrid dijo:

—Te dejamos jugar con nosotras si nos cuentas siete cuentos nuevos.

Las niñas saltaron de los cubos de basura, se cogieron de las manos y bailaron alrededor de Katrin.

Lunar, lunar.

*El gato quiere maullar
y el ratón chillar.*

*El diablo a Katrin
va a degollar.*

A las últimas palabras echaron a correr, agitando las faldas. Atravesaron la puerta del patio y llegaron al parque. Sus gritos dejaron de oírse. Katrin se

quedó sola. Las lágrimas inundaron sus ojos.

—Siete cuentos nuevos... —suspiró—. ¿De dónde saco yo siete cuentos nuevos?

Por fin se limpió las lágrimas con los dedos. Sacó del bolsillo un espejito redondo y se miró en él. Tocó el blando y oscuro lunar que tenía en la mejilla. Era del tamaño de un duro y le llegaba hasta el lóbulo de la oreja.

Respiró hondo y trató de ocultarlo con su cabello liso y negro. Luego, guardó el espejo en el bolsillo y caminó despacio hacia su casa.

*Tía Lina hace
confites y sabe otras
muchas cosas*

PPRIMERO nueve peldaños. Luego catorce y la puerta de tía Lina. Otros nueve peldaños y otros catorce; al fin llegó a la puerta que tenía un rótulo con su apellido: Peters. Katrin Peters, así se llamaba. Iba a abrir el pestillo para entrar en la cocina, donde estaba su madre, cuando alguien la llamó a media

voz desde las escaleras.

—¿Eres tú, Katinka?

Katrin reconoció la voz de tía Lina. Era la única persona que la llamaba Katinka.

—Sí, tía Lina.

—Ven un momento. Voy a hacer confites. Tienes que probarlos.

Katrin bajó los peldaños de dos en dos.

La puerta de la casa de tía Lina estaba abierta. Katrin entró en la cocina. Tía Lina acababa de echar el azúcar en la sartén; puso ésta sobre la plancha y revolvió con una cuchara. El azúcar se deshizo y tomó un color oscuro. La tía

vertió encima un vaso de leche. Chisporroteo y humo. Lo removió, apartó la sartén del fuego, cogió un cuchillo y cortó el disco en pequeños cubitos.

Los confites de tía Lina estaban a punto. La tía los colocó sobre la mesa de la cocina. Aún estaban calientes, pero ya se habían endurecido.

—Pruébalos.

Tía Lina le alargó la bandeja. Katrin tomó con precaución un cubito entre los dedos, lo lamió para ver si quemaba y al fin se lo metió en la boca.

—Primero chúpalo —dijo tía Lina.

El confite crujió entre sus dientes.

Katrin sonrió.

—Exquisito —dijo.

Tía Lina cogió un paño del colgador y limpió con cuidado la cara de Katrin.

—¿Te han echado otra vez? —le preguntó en voz baja, y añadió sin aguardar respuesta—: Esas niñas tontas no saben que un lunar como el tuyo es algo muy especial.

Katrin miró asustada a la tía y preguntó:

—¿Qué? ¿Es que estoy embrujada?

—¡A quién se le ocurre! —contestó tía Lina con cara de enfado. Luego sonrió misteriosamente.

—No tiene nada que ver con la

brujería. Es un lunar para oír la voz de los muñecos.

—¿Qué has dicho?

Katrin abrió los ojos de par en par.

—El lunar sirve para oír la voz de los muñecos, tontuela.

—Quieres decir que la persona que tiene un lunar...

—Exacto. El que tiene un lunar así, puede comprender el lenguaje de los muñecos. Pero —añadió— el lunar debe llegar hasta el lóbulo de la oreja; si no, no vale.

—Pero ¿es que los muñecos hablan?

—Sólo para aquellos que los entienden. La gente cree que los

muñecos son mudos y que sólo saben decir, como mucho, «mamá». Pero las personas que tienen un lunar en el sitio conveniente están mejor enteradas.

—Pues yo nunca he oído hablar a los muñecos, tía Lina.

—Porque aún eres muy pequeña, Katinka —contestó tía Lina muy seria—. En primer lugar, aún no sabemos si tu lunar llega hasta el lóbulo de tu oreja. En segundo lugar, los muñecos no hablan tanto como las niñas, ni mucho menos. Los muñecos hablan sólo durante una hora entre la puesta y la salida del sol. Pero entonces se cuentan todo lo bueno y lo malo de su vida.

—¿Qué se dirán? —preguntó Katrin.

—Eso, yo no lo sé —dijo tía Lina—.

No tengo en la mejilla un lunar para oír su voz.

—Entonces, ¿cómo sabes que los muñecos hablan?

Katrin miró a tía Lina con cara de duda. Tía Lina se sentó en la mecedora, cogió de la mesa las agujas de hacer punto y empezó a contar. No tenía más tiempo para entretenerse con ella.

—Dime sólo cómo sabes lo del lunar para oír la voz de los muñecos.

—Treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco... —murmuró tía Lina—. ¿Quién me lo dijo?... Treinta y seis,

treinta y siete... Así que me preguntas
quién me lo dijo... Treinta y ocho... La
abuela, naturalmente... Treinta y nueve,
cuarenta..., que vivió en medio...
Cuarenta y uno, cuarenta y dos..., en el
corazón del bosque... Cuarenta y tres,
cuarenta y cuatro...

Katrin salió discretamente de la
cocina, pues tía Lina se enfadaba mucho
si le hacían descontarse.

¡Fuera el lunar!

LA COCINA olía a ropa limpia. Katrin entró en su cuarto sin que la vieran y se sentó delante de la cómoda. Allí estaban sus dos muñecos.

Le pareció que sonreían un poco.

Wendelin tenía el sombrero inclinado hacia una oreja y Carolina guiñaba un ojo, pero eso lo hacía siempre que pasaba un coche por la calle.

—¿Es verdad que sabéis hablar? —

preguntó Katrin.

Los muñecos no contestaron.

«Será que mi lunar no funciona».

La niña sacó de nuevo el espejito del bolsillo y se miró en él. Se recogió el pelo y volvió la cabeza para verse la oreja. Por mucho que miró, no pudo averiguar si su lunar llegaba hasta el lóbulo de la oreja o si entre éste y el lunar había un trozo de piel blanca.

Fue a la cocina. En aquel momento su madre planchaba la ropa y casi no se fijó en ella.

—¿Cuánto tiempo pasa desde la puesta hasta la salida del sol, mamá?

—Toda la noche, hija —contestó la

madre.

—¿Cuántas horas son? —preguntó Katrin.

—Doce horas, pero ¿por qué preguntas eso? ¿Os ha dicho algo la maestra?

—No, mamá. Yo pensaba en la hora de los muñecos.

—¿En... qué?

—En la hora de los muñecos, que es entre la puesta y la salida del sol. Porque a lo mejor con mi lunar puedo oír la voz de los muñecos.

Katrin se señaló el lunar.

La madre, sorprendida, apartó la vista de la tabla de planchar.

—¿Tía Lina te ha contado extrañas historias otra vez, hija?

Katrin guardó silencio, sin saber qué decir. La madre murmuró para sí:

—Tendremos que hacer algo. Esta niña se va a volver rara.

Sonó el timbre de la puerta.

Katrin corrió al pasillo y abrió la puerta. Se puso colorada cuando vio a quien tenía delante. Volvió a la cocina.

—Mamá, mamá, es la maestra, la señorita Kunze. Rápido, rápido.

La madre dejó la plancha sobre la tabla, la desenchufó y se secó las manos con el delantal.

La señorita Kunze estaba ya en la

puerta de la cocina.

—He querido entrar un momento, señora Peters —dijo, tendiéndole la mano.

—¿Has saludado? —preguntó la madre a su hija.

Entonces Katrin dio la mano a la maestra.

—¿Es que Katrin no hizo sus deberes? ¿O se ha portado mal en clase? —preguntó la madre, preocupada.

—No, no, señora Peters —sonrió la señorita Kunze—. Son otras mis preocupaciones. Quizá sea conveniente que la niña salga. Deseo hablar a solas con usted.

—Katrin, vete a tu cuarto —dijo mamá.

Salió sin rechistar. ¿A ver si la señorita Kunze la iba a tomar con ella?

Había una puerta entre la cocina y su cuarto. La cama de Katrin se encontraba allí, y la puerta había quedado inutilizada. En el lugar que antes correspondió al pestillo, había un pequeño agujero. De noche entraba siempre algo de luz por el agujero. Era de la bombilla de la cocina. Como la niña era curiosa, arrimó la oreja para escuchar. ¿Qué querría la maestra?

Pero sólo pudo coger alguna palabra suelta. Comprendió que hablaban de su

lunar. La señorita Kunze dijo:

—El lunar de Katrin me preocupa.

Y la madre contestó:

—Hemos pensado en consultar a un médico.

—El médico les aconsejará bien — dijo la señorita Kunze—, pero es más importante que Katrin se acostumbre a vivir con su lunar. Otros tienen que arreglárselas con cosas mucho peores.

—Si yo supiera siete cuentos nuevos... —suspiró Katrin—, entonces podría jugar con las niñas.

Pero por mucho que se estrujó la cabeza, no recordó ningún cuento que no les hubiera contado ya, y eso de

inventarlos le parecía muy difícil. En esto, alguien llamó a la puerta. Katrin saltó de la cama.

La señorita Kunze quería despedirse.

—¿Estás a gusto en el colegio? — preguntó.

Katrin contestó que sí, moviendo mucho la cabeza.

—¿Qué es lo que más te gusta?

—Cuando cuentas cuentos — contestó Katrin.

—Ya me figuraba.

La señorita Kunze le prometió:

—Si esta semana os portáis bien, el sábado os contaré *La casita de*

chocolate.

Katrin estuvo a punto de gritar: «Pero si nos lo sabemos de memoria...», pero sólo dijo:

—Qué bien —y acompañó a la maestra a la puerta.

Mamá no hablaba. Recogió los trastos de planchar y sirvió la cena a Katrin. Mientras la niña cenaba, ella se sentó a la mesa, suspiró un par de veces, miró el lunar de Katrin y le preguntó en voz baja:

—¿Se burlan de ti porque tienes ese lunar?

Katrin asintió con la cabeza, sin dejar de masticar.

—Esas niñas son tontas y malas —
murmuró mamá—. Pero ya verás cómo
pronto todo irá mejor —y consoló a
Katrin mientras la llevaba a la cama.

Los muñecos se animan

LA MADRE salió del cuarto. Katrin luchó contra el sueño. Miró a sus muñecos, que estaban rígidos y sin vida sobre la cómoda, en medio de la oscuridad. Alguien encendió la luz en la cocina. El resplandor penetró por el agujero del pestillo y dio exactamente en el sombrerito de Wendelin. «Hace rato que se ha puesto el sol», pensó Katrin.

Pero la hora de los muñecos se hacía esperar. Al fin el sueño cerró los ojos de Katrin. Ella intentó abrirlos dos veces; pero luego respiró profundamente y acabó durmiéndose. Y siguió dormida cuando salió la luna, que le envió sus primeros rayos a medianoche. Ya estaba apagada la luz de la cocina y sólo se movía un ratón en el sótano de la casa.

Poco después, la luna iluminaba todo el cuarto. Por aquella luz, o porque la niña seguía atormentada con su lunar, el caso es que Katrin se despertó de repente.

Le pareció que algo se movía en el cuarto. Se enderezó soñolienta. Sus ojos

se acostumbraron pronto a la suave luz de la luna. Miró la cómoda. ¿Qué pasaba? ¿Dónde se había metido Wendelin?

Tampoco Carolina era la misma de antes. Cerraba y abría los párpados.

—Wendelin —Katrin lo llamó en voz baja.

Una vocecita muy clara contestó:

—¿Quién me llama?

Katrin tuvo una sensación de felicidad. Por lo visto, tenía el lunar en el sitio justo. Era un lunar capaz de oír las voces de los muñecos, que le llegaba hasta el lóbulo de la oreja y abría el torpe oído humano para escuchar aquel

lenguaje tan suave.

—¿Me has llamado? —repitió la vocecita de Wendelin. Luego el muñeco salió de la sombra del armario y se colocó a la luz de la luna.

—Sí, Wendelin, te he llamado.

—¡Qué bien! —se alegró Wendelin—. Por fin has despertado a nuestra hora.

—Sí, es verdad —dijo riendo Carolina desde la cómoda—. Dormías siempre como un lirón. Beatriz llegó a tirarte una vez de la nariz, pero tú resoplaste con tal fuerza que escapó asustada.

—¿Beatriz, la que tiene una pierna

sólo? —preguntó Katrin.

—Sí —contestó Carolina—. Beatriz,
la muñeca de Dora.

—¿También viene aquí?

—Claro —Wendelin señaló la
puerta—. Atención, que ya están todos.
Nos reunimos siempre en tu cuarto
porque duermes sola.

—¿Quién más viene? —quiso saber
Katrin.

—Somos siete en total —dijo
Wendelin.

Carolina las contó:

—Wendelin y yo, dos. Úrsula, de
Beate, tres. Bipo el oso y Ana, de Elena,
ocho.

—Son cinco —Katrin interrumpió a la muñeca.

Wendelin se echó a reír y dijo:

—Es que Carolina sólo sabe contar hasta tres.

Carolina se calló, ofendida.

—Te voy a decir quiénes son los otros —continuó Wendelin—. Con Bipo y Ana somos cinco, y luego están las dos de Dora y Sigrid. Se llaman Beatriz y Angélica. ¿Son ya siete? —preguntó, inseguro.

—Mira, tampoco él sabe contar —dijo Carolina entre risas.

—Sí, ahora son siete —confirmó Katrin.

Wendelin se sintió orgulloso.

—Ahí, mira al pestillo —dijo.

El pestillo, en efecto, se movía. La puerta chirrió muy suavemente y llegaron todos los muñecos que Wendelin había nombrado: Angélica, Bipo, Ana, Beatriz y Úrsula.

—Buenas noches —dijeron con sus finas vocecitas. Sobresalió el gruñido de Bipo, que tenía una profunda voz de oso.

La última en saludar fue Angélica.

—Buenas noches.

Su voz era ronca y muy débil.

—Casi ha perdido la voz —susurró Wendelin al oído de Katrin—. La madre

de Sigrid arrinconó a Angélica. Le dijo a Sigrid que era una niña mal educada y no podía tener una muñeca así. Las muñecas con las que nadie juega pierden primero la voz y luego también la vida.



—Qué bien que Katrin se haya despertado al fin —dijo Úrsula tiernamente y haciendo *frufnú* con su vestido.

—Lleva dos combinaciones —explicó Wendelin en voz baja—. Fue la preferida en la última fiesta. Está muy orgullosa de ello y por eso habla tan bien.

—Yo también me alegro —dijo Katrin—. Nunca habría creído que las muñecas pudieran hablar de este modo.

—Mirad —gruñó Bipo—, yo soy muy viejo. Siempre os lo dije. Los hombres no nos entienden. Cuando era

joven y tenía aún dos orejas, y no estaba gordo y fofo como ahora...

Bipo hizo aquí una pausa, y Wendelin explicó a Katrin:

—Cuando Bipo se pone a hablar de sí mismo es muy quejica.

—Sí, en aquellos tiempos — continuó Bipo— yo pasé diecisiete semanas en la juguetería. Allí un cerdito de porcelana de color rosa me contó que sólo las personas que tienen un lunar en el sitio justo pueden comprendernos.

—Yo tengo el lunar en el sitio justo —dijo Katrin, y puso la mejilla de cara a la luna, para que todos vieran la mancha oscura.

—Ya lo sabemos —dijo Beatriz, la muñeca que tenía una pierna sólo—. Por eso nos reunimos en este cuarto.

Bipo saltó sobre la manta de Katrin.

—A lo mejor tú nos puedes ayudar —dijo suspirando.

—¿Que yo os puedo ayudar?

—Puede que sí —dijo Bipo, mientras meneaba la cabeza. Él habría preferido agitar sus orejas de cuero; pero el hermano mayor de Elena se las había arrancado tres años antes.

—Yo quiero recobrar mi pierna izquierda —se lamentó Beatriz.

—A mí me gustaría mucho tener otra vez unas orejas de cuero y, si es posible,

volver a estar delgado —gruñó Bipo.

—Y a mí —dijo Úrsula— quitarme de noche mis dos combinaciones y ponerme un pijama o un camisón plisado.

Angélica dijo con su voz ronca:

—Yo quiero que Sigrid juegue conmigo. Entonces podré hablar otra vez como una muñeca, hablar como se debe, ¿sabes?

Ana se sentó en la alfombra con cara triste y cerró los ojos.

—¿Y a ti qué te pasa, Ana? —preguntó Katrin—. ¿Tienes algún deseo?

—Claro que sí.

Miró a Katrin con sus ojos azules y

dijo:

—Yo traje un hermoso collar de mi país. Lo llevaba alrededor del cuello. Me lo había regalado Pietruska. De él colgaba una estrella azul. Una estrella de mar.

—¿Dónde está ahora tu collar? —preguntó Katrin.

—Alguien me lo quitó y ahora mismo lo llevará puesto.

—Ana ya no puede reírse —susurró Wendelin a Katrin—. Ha perdido la risa desde que le falta el collar. Una muñeca que no sabe reír es una muñeca triste, ¿verdad?

—Así es —contestó Katrin—. A

nadie le gusta jugar con una muñeca triste... A vosotros dos espero que no os falte nada —añadió Katrin, mirando a sus muñecas. Entonces Carolina bajó de la cómoda.

—¡Ay! —dijo compungida.

—¡Ay! —dijo también Wendelin, compungido.

Entonces Bipo gruñó:

—Vives en la luna. Claro que les falta algo.

—¿Ah, sí? —preguntó Katrin muy sorprendida. Y pensó en la vida que llevaban sus muñecos. Era verdad que no jugaba tanto con ellos desde que empezó a ir al colegio. Pero no los

había arrinconado; los tenía siempre en su sitio, sobre la cómoda; peinaba a Carolina cada dos días y cuidaba de que a Wendelin no se le cayera el sombrerito.

—¿Qué os pasa entonces? — preguntó.

—A mí me gusta comer budín —dijo Wendelin, y bajó la mirada con vergüenza.

—Y a mí me gustaría —susurró Carolina— ir contigo al colegio para aprender a contar. Porque si sólo sé contar hasta tres, soy tonta.

—¿Y yo qué puedo hacer? — preguntó Katrin—. La maestra me reñirá

si llevo una muñeca al colegio.

—Puedo esconderme en tu cartera sin hacer ruido —se atrevió a proponer Carolina.

—Sí, a lo mejor es posible.

Todos los muñecos se sentaron en la manta, delante de Katrin, y la miraron con ojos esperanzados. Carolina ya no pestañeaba.

Katrin no sabía qué hacer.

—Vosotros creéis que los demás no tenemos preocupaciones. Yo también las tengo —y se tocó de nuevo el lunar—. Ninguna niña del bloque quiere jugar conmigo. Y me cantan:

Lunar, lunar.

*El gato quiere maullar
y el ratón chillar.*

*El diablo a Katrin
va a degollar.*

—¿Y nosotros no podemos ayudarte? —preguntó la ronca Angélica.

—Bah, ¿cómo me vais a ayudar? Si yo supiera siete cuentos nuevos, las niñas jugarían conmigo.

—¿Cuentos? —preguntó Bipo.

—¿Cuentos nuevos? —preguntó Wendelin.

—¿Verdaderos cuentos? —preguntó Úrsula.

—¿Cuentos cortos? —preguntó Ana.

—Claro. No hagáis preguntas tontas

—contestó Beatriz, la que tenía una pierna sólo.

—Los muñecos saben muchos cuentos —dijo Carolina con orgullo.

—¿Hasta siete? —preguntó Katrin.

—¿Siete? —Wendelin se echó a reír

—. Sabemos tantos cuentos como pájaros se posan en el cerezo cuando maduran los frutos.

Katrin recordó que una gran bandada de estorninos había acabado algunas semanas atrás con las cerezas del árbol que estaba en el huerto del abuelo.

—¿Tantos? —preguntó ella, sin

acabar de creerlo.

—Tantos —contestaron todos los muñecos seriamente.

—Te contaremos cuentos de enanos, elfos y ondinas —prometió Carolina.

—Yo voy a intentar ayudaros —dijo Katrin—. Pero os pido que empecéis vosotros con los cuentos.

—Hoy ya no es posible —gruñó Bipo.

—¿Por qué no?

—Mira —contestó Carolina—. La luna ha desaparecido detrás de la pared. La hora de los muñecos está a punto de terminar.

El cuarto quedó casi a oscuras.

—¡Qué lástima! —dijo Katrin.

—Mañana volveremos.

Las voces de los muñecos se volvieron tan débiles que Katrin apenas podía entender nada. Luego, abandonaron la habitación y Katrin sólo pudo distinguir las sombras de Wendelin y Carolina encima de la cómoda.

Katrin les deseó buenas noches. Pero no oyó ninguna respuesta.

Entonces dejó caer la cabeza sobre la almohada. La luna la acarició con sus últimos rayos. Cerró los ojos, se tapó con la manta y respiró profundamente.

Orejas de piel de gato para un oso

LA SEÑORITA KUNZE tuvo que repetir cuatro veces en clase:

—Katrin, estás distraída.

Y las cuatro veces Katrin se puso tan colorada que prácticamente no se le veía el lunar.

Las profesoras de primaria suelen estar enteradas de casi todo. La señorita Kunze pensó: «Hoy, esta niña no puede

atender. Seguramente es por el lunar».

En el descanso, le preguntó discretamente:

—¿Te pasa algo?

—Sí —contestó Katrin con mucha timidez.

La señorita Kunze le dio ánimos, diciendo:

—A mí me puedes contar todo.

—Necesito dos orejas de cuero.

—¿Orejas?

—Sí, Bipo...

A gusto le hubiera contado todo. Pero sonó la campana. El descanso había terminado. Los niños fueron a sus clases. La señorita Kunze tenía a su

cargo treinta niños. Treinta niños son demasiados niños. Por eso no disponía de tiempo para la única niña que tenía un lunar capaz de oír las voces de los muñecos.

Katrin hizo sus deberes en casa. La madre la felicitó porque había copiado con pulcritud la frase «Juan recorre el mercado con Julia».

Entonces Katrin preguntó:

—Mamá, una piel ¿también es cuero?

—Sí, la piel es una especie de cuero.

—Mamá, ¿tú no querías acortar tu abrigo de piel?

—Sí, hija, estoy deseándolo. Me llega hasta los pies.

—¿No podríamos cortarle un trozo hoy mismo?

La madre se echó a reír.

—¿Quieres cortar un trozo de mi abrigo de piel? Hija, qué ideas tienes. Eso tiene que hacerlo el peletero, que es el que sabe cortar y coser la piel.

—Pero yo necesito un trocito de piel o de cuero.

—¿Para qué? ¿Es que quieres hacerle una nueva bolsita a Carolina?

—No, mamá. El oso Bipo, de Elena, está deseando volver a tener las orejas.

—Eso lo dejas a cuenta de Elena —

contestó la madre—. ¿Qué nos importa a nosotras su oso viejo?

—Sí, Bipo...

A Katrin le hubiera gustado contar todo a su madre: pero las madres deben limpiar, lavar, cocinar, planchar, hacer pasteles, comprar, coser, remendar, hacer punto, fregar y otras mil labores. Por eso no le quedaba tiempo para su única hija, que tenía un lunar capaz de oír las voces de los muñecos.

«Menos mal que tengo a tía Lina», pensó Katrin. Bajó las escaleras y tocó el timbre. Tía Lina tardó un poco. Tuvo que dejar las agujas de hacer punto para ir a abrir la puerta.

—Ah, eres tú —dijo—. Quieres más confites, ¿verdad?

—No —contestó Katrin, pero luego se lo pensó mejor. Notó que se le hacía la boca agua y dijo que sí.

—¿En qué quedamos? Primero que no y luego que sí.

—Sí, dame un confite. Pero necesito además otra cosa.

—¿Qué cosa?

Habían entrado ya en la cocina. Tía Lina iba a continuar con sus labores, cuando oyó a Katrin:

—Anoche me desperté. Estuve hablando con los muñecos.

Tía Lina dejó a un lado las agujas.

Se dio cuenta de que Katrin necesitaba de alguien que le dedicase un poco de tiempo.

—Me contaron muchas cosas. El oso de Elena quiere dos orejas, y su enorme barriga lo pone muy triste. Desea estar delgado.

—Te puedo enseñar cómo se hacen dos orejas de ganchillo —propuso tía Lina.

—Pero yo no sé hacer ganchillo, tía. Además, las orejas tienen que ser de piel o de cuero.

—Se ve que Bipo es un oso muy distinguido —murmuró tía Lina.

Se levantó y abrió el armario. Había

detrás de la vitrina una cafetera decorada con círculos plateados y flores. Tía Lina la sacó y extrajo una llave de su interior. Con ella abrió un baúl de color marrón que estaba en un rincón de la cocina.

—Cuero, cuero —refunfuñó.

Sacó del baúl una cartera gastada, la sostuvo a la luz y dijo a Katrin.

—Toca, Katinka.

Katrin encontró que el cuero era maravillosamente blando.

—Napa —explicó tía Lina—. Esta cartera me la trajo mi padre de Londres. Él era marino.

Katrin comprendió que un recuerdo

tan bonito no admitía ningún corte. La cartera desapareció de nuevo en el baúl. Tía Lina sacó una bolsa de cuero.

—Una petaca. Regalo del emperador a mi abuelo cuando fue soldado.

Katrin sabía que la petaca de un emperador no se podía convertir en unas orejas de oso.

—¿Todos los soldados recibían este regalo del emperador? —preguntó.

—Por supuesto que no —contestó tía Lina—. Pero mi abuelo cruzó un arroyo con el emperador a cuestas, en las maniobras de otoño, para que no se le ensuciaran sus flamantes botas.

—Yo pensaba que el emperador

tenía un caballo, tía Lina.

—Claro, hija, claro —contestó tía Lina, y empezó a sospechar, por primera vez, que a lo mejor su abuelo no había transportado al emperador, sino a ella misma. Se enfadó, después de tantos años.

—De aquel bribón se podía esperar cualquier cosa —refunfuñó, y volvió a meter la bolsa en el baúl, entre suspiros.

Estuvo rebuscando largo rato. Katrin oyó algunos bufidos que salían del baúl. Por fin, tía Lina parecía haber tocado fondo, pues se hundió en el misterioso baúl. Katrin sólo podía verle la falda y las piernas. La negra blusa se le había

levantado un poco. De pronto, Katrin se quedó perpleja. ¿Qué era aquello que se veía entre la falda y la blusa? Algo peludo y de color rojo.

¿Tenía razón Sigrid cuando decía que tía Lina era una bruja? ¿Tenía la piel cubierta de pelo?

Luego, la pelambre roja desapareció de nuevo. Tía Lina se enderezó, cerró el baúl, dio vuelta a la llave y metió ésta en la cafetera.

—No te puedo ayudar, niña —dijo. Todos aquellos recuerdos de juventud habían avivado la nostalgia de tía Lina.

—Tía Lina...

—¿Qué pasa? Ya has visto que no

tengo piel ni cuero. Tu Bipo tendrá que contentarse con unas orejas de ganchillo.

Pero a Katrin le preocupaba en aquel momento algo muy distinto. No se acordaba para nada de las orejas de Bipo.

—Tía Lina —preguntó—, ¿es verdad que tú eres una bruja?

A tía Lina se le abrió un instante la boca. Tanto le sorprendió la pregunta de Katrin.

—¿Qué dices, niña? —exclamó en un tono de voz un poco seco.

Katrin retrocedió hasta la puerta de la cocina, por si las moscas, y contestó:

—Lo digo porque llevas en la

espalda una piel de bruja, llena de pelos.

—¿Llena de pelos?

Tía Lina se llevó la mano a la espalda. De pronto sonrió.

Y le dio por reír, primero quedamente; pero luego a carcajadas. Hacía años que no se reía tanto. Las lágrimas empaparon sus gafas y resbalaron por sus mejillas apergaminadas. La mecedora no dejaba de balancearse. Entonces Katrin se rió con ella, porque ya se sabe que la risa es contagiosa.

Ris, ras. La tía sacó al fin una cosa que tenía entre la falda y la blusa.

—Es una piel de gato, Katinka; una piel roja, que calienta mucho.

La tía se limpió las lágrimas con un pañuelo de encaje.

—¿Una piel de gato? —preguntó Katrin—. Casi se le había pasado la risa. Tía Lina le cogió la mano para hacerle palpar la piel de gato.

—¿Qué te parece?

—Es una piel blanda y caliente —contestó Katrin.

—Ya ves. Por eso las mujeres viejas como yo llevamos a veces una piel como ésta en la espalda. El calor de la piel de gato quita el reuma.

Alisó la piel. Se veían con claridad

las cuatro puntas que cubrieron un día las patas del gato.

Tía Lina se quedó pensativa. Luego, sacó las tijeras del cajón y fue cortando —quirrí, carrá— dos puntitas triangulares de la piel.

—Ahí tienes las orejas para Bipo.

Katrin se puso loca de contento.

Más tarde vio a Elena jugando con Sigrid, Dora y Beate.

Entonces llamó a la puerta de la señora Karlowski, en la planta baja, para preguntarle si le dejaba jugar un poco con el oso de Elena. La señora le entregó el osito.

Con la ayuda de tía Lina le cosió las

dos orejas. Además, la tía descosió con cuidado una costura de la espalda de Bipo, metió más lana en su vientre, le estiró la piel como si fuera un tambor y volvió a coser la costura con pequeñas puntadas. Habían desaparecido todos los pliegues de su barriga.

Elena subió poco después de la cena y preguntó:

—Katrin, ¿tú has remendado tan bien al osito?

Contestó que sí.

—Me gusta mucho.

Entonces, Katrin le dijo al oído:

—Elena, mañana te cuento el primer cuento.

—Qué bien —dijo la niña, calló un instante y añadió—: Puedes contarnos *Caperucita roja* o *El molinero y el rey*. Te oiremos a gusto.

—Será un cuento nuevo —prometió Katrin, y susurró:

—Pero sólo si esta noche no me duermo a la hora de los muñecos.

El cuento del lunes:
«El oso que perdió la
VOZ»

A LO MEJOR Katrin se durmió a la hora de los muñecos, porque el día fue largo y pesado: primero las clases, luego los deberes, la excitación por la piel roja del gato, el arreglo del oso con ayuda de tía Lina, y para terminar, la alegría porque Elena estuvo cariñosa con ella. Y todo el mundo sabe que

cuando hay mucho trabajo y mucha alegría, el sueño viene sin querer. Wendelin despertó a Katrin en el momento justo, Cuando la luna envió sus primeros rayos a la habitación, se acercó a la almohada y empezó a hacerle cosquillas debajo de la nariz con la pluma de su sombrero. Katrin estornudó tres veces, despertó y se dio cuenta de que era la hora.

—¿Aún no han llegado los demás?
—preguntó.

—¿En qué estás pensando? —
contestó Wendelin. Su voz sonó muy suave, como una brisa de verano, porque sólo había pasado un minuto de la hora

de los muñecos.

«Lo que os vais a asombrar al ver a Bipo...», se dijo Katrin.

En esto, oyeron golpes en la puerta. Corrió a abrir, mucho más ligera que el día anterior, y entró Bipo. El oso bailaba, se acariciaba el liso vientre y se tocaba la oreja derecha y luego la izquierda como si fueran las cuerdas de una guitarra. Y cantó muy valiente:

*La panza del oso debe ser
lisa,
la panza del oso debe ser
tersa,
para que el oso pueda*

aplastar

*los piojos que corren por
ella.*

Dideldumdai,

dideldumdai.

Dos orejas hay.

Hacía tiempo que los muñecos no veían al oso de tan buen humor. La pomposa Úrsula batió palmas de alegría y Beatriz se atrevió a bailar a la pata coja, aunque no le salió demasiado bien. ¿Cómo iba a bailar con una pierna sólo?

—Pues en tiempos fue una famosa bailarina —le sopló Wendelin a Katrin—. Era capaz de estarse de puntillas la

noche entera.

—A lo mejor te puedo ayudar, Beatriz —le consoló Katrin. Pero luego se volvió hacia Bipo, para decirle con impaciencia:

—Cuéntame un cuento nuevo. Me lo prometiste.

—Ahora mismo —contestó Bipo, saltando a la cama de Katrin.

Angélica cuchicheó con Úrsula, pero Ana cortó por lo sano, diciendo:

—Silencio. Lo prometido es deuda. Que cuente el cuento.

Todos se sentaron en el suelo. Úrsula cruzó las piernas con elegancia. Wendelin puso el sombrero sobre su

regazo, por cortesía. Carolina se cruzó de brazos y la hermosa Angélica empezó a morderse las uñas.

—Os voy a contar —empezó Bipo— cómo el oso Bruno perdió la voz y la recobró de nuevo.

Angélica dejó de morderse las uñas y pensó: «A lo mejor aprendo algo del oso Bruno».

SABÉIS que todos los osos poseen una voz maravillosa. Un día el oso Bruno se fue al bosque con toda su familia. Su hijo caminaba delante. Bruno le había puesto por nombre Corazón. No porque

lo quisiera como a su propio corazón, sino porque tenía una mancha blanca encima del corazón. Bruno estaba muy orgulloso de aquella mancha, pues decía que los osos con una mancha blanca en el corazón eran muy valientes. Corazón era pequeño y un poco caprichoso. Creía que todo le estaba permitido. Se alejaba de la familia y se internaba en el bosque. Mamá osa le había gruñido ya tres veces y Bruno, el padre, iba a empezar a reñirlo. Estaba dispuesto a darle una bofetada con la garra, cuando oyeron de pronto los gritos angustiosos del pequeño. Corrieron presurosos entre la maleza y los arbustos, y encontraron

al osezo. Tenía una pata trasera atrapada en el hueco de un tronco. Bruno le tiró de la pata y se hizo sangre. Mamá osa tiró tan fuerte con los dientes que se rompió el incisivo más hermoso y fuerte. Corazón no hacía más que gemir y lamentarse, y prometió ser el osezo más obediente del mundo si salía libre de aquella terrible trampa.

Cuando todos callaron un instante porque estaban agotados, oyeron unas risitas maliciosas.

—¿Quién se burla de nuestra desgracia? —gruñó Bruno.

—Yo.

Bruno vio a un hombrecillo muy

pequeño sentado sobre el tronco; era poco más grande que la cola de un oso.

—Nunca podrás librar a tu hijo de esta trampa —dijo riendo el hombrecillo—. Sólo puedo hacerlo yo.

—Hazlo entonces, por favor —suplicó Bruno, juntando las dos patas.

—Ji, ji; de balde, no. De balde yo no muevo ni el dedo meñique.

—¿Qué debemos darte? —preguntó mamá osa.

—Hay una cosa que podéis hacer en mi favor. A ver si la adivináis.

—Podemos montarte a nuestra espalda para que puedas recorrer el mundo —dijo Bruno.

—¿Qué se me ha perdido a mí en el mundo? Mi bosque ya es bastante grande —contestó el hombrecillo, y dio un manotazo al aire.

—Yo puedo quitarme mis pelos blancos del pecho para que puedas tejerte un abrigo suave y caliente —ofreció Corazón.

—Ya hay bastante calor en mi cueva. ¿Para qué necesito yo un abrigo? No quiero sudar como un oso —contestó el hombrecillo, y dio un manotazo al aire.

—Yo puedo ayudarte con mi fuerza cuando te ataquen los enemigos —dijo mamá osa. Como prueba empujó un arbolito con la garra y éste se partió en

dos.

—Ji, ji —contestó riendo el hombrecillo—. ¿De qué te sirve la fuerza? A ver si puedes librar a tu hijo. No, no y no. Tiene que ser otra cosa muy diferente.

—Pues dínoslo ya, enano asqueroso —gruñó Bruno—, que estoy dispuesto a entregar mi pata derecha por mi hijo, si es necesario.

—Tu pata, no —contestó el hombrecillo—; tu voz es lo que yo quiero poseer.

Y añadió, avergonzado:

—Mi novia me toma el pelo por mi voz de falsete, y no quiere casarse

conmigo si no saco una hermosa voz de bajo.

—¿Mi voz? —preguntó el oso, extrañado—. ¿Cómo puede regalar uno su voz?

—Muy sencillo. En tu garganta hay una pequeña cámara esférica. A ver si la sientes. Todos pueden sentirla. Ahí reside la voz. Déjame meter el brazo para sacarte la voz. Entonces libraré a tu hijo.

Bruno estuvo aún una hora intentando salvar a su hijo con sus propias fuerzas, pero sin éxito. La trampa era perfecta. No tuvo más remedio que abrir la boca para que el

enano atrapara su voz.

El enano le arrancó la voz, se la metió en su propia boca y se la tragó, poniéndose rojo como un tomate.

—Bueno —gruñó con gran fuerza, con una hermosa y fuerte voz de bajo—, ahora voy a librar al osezno.

Asió su martillito de plata y metió en el tronco pequeñas cuñas de madera. A las cien cuñas, el hueco se ensanchó.

Después de meter ciento treinta cuñas, Corazón pudo sacar su pata trasera. Se lamió la herida; Bruno y mamá osa lo ayudaron. Cuando miraron a su alrededor, el enano había desaparecido. Y escucharon un canto

que resonaba en el monte con la voz de Bruno.

Sí, Bruno estaba contento viendo a Corazón sano y salvo; pero al mismo tiempo estaba profundamente deprimido. No podía dar un gruñido. Y un oso que no puede gruñir es un oso a medias.

También Corazón se puso triste al ver que el padre había regalado su hermosa voz. Perdió toda su valentía y ya no pudo vivir alegre. Y con un oso padre triste y un oseño triste, también a la madre le entró la tristeza.

Una tarde estaban los tres sentados en la hierba, muy desanimados. Entonces llegó volando una abeja, se posó en una

pata del oseño y empezó a limpiarse las alas.

—¿Por qué estáis tan tristes y callados? —les preguntó. Y Corazón le explicó lo que había ocurrido.

—Bien —dijo la abeja—, yo también tengo una pena. El viento me ha alejado de mi colmena y no sé volver a casa.

Estuvieron un rato pensando en la mucha tristeza que reina en el mundo. De pronto, la abeja dio un alegre salto y dijo:

—Ya lo tengo. Creo que todos nos salvaremos.

—¿Cómo? —preguntaron los osos.

—Vosotros podéis llevarme a mi colmena —dijo la abeja.

—Eso no es difícil para nosotros —contestó mamá osa—; pero ¿cómo nos vas a ayudar?

—Déjalo de mi cuenta —dijo la abeja, muy confiada.

Saltó a la nariz de Bruno y añadió:

—Abre la boca.

Así lo hizo.

La abeja se metió zumbando en la cámara de la voz. Allí intentó hablar. Sonaba exactamente como el gruñido de Bruno.

—Ahora haz lo que te digo. Corre lo más veloz que puedas detrás del

hombrecillo y quédate delante de su cueva.

Una vez allí, la abeja gritó:

—Enano, sal fuera.

El enano, extrañado, salió de su cueva y preguntó:

—¿Recobraste la voz, maese Oso?

—Sí —contestó la abeja—. Y tú chillarás como un ratón.

El enano, desconfiado, hizo una prueba: «i, i, i, a, a, a, o, o, o», y escuchó. Le pareció que su voz era tan hermosa y profunda como en el momento en que se la quitó al oso.



—¿No oyes? Chirrías como un grillo —dijo la abeja.

—Creo que me quieres engañar —contestó el enano.

—Puedes comprobarlo por ti mismo —dijo la abeja con su hondo gruñido.

—¿Cómo voy a saber si mi oído me engaña o no?

—Muy sencillo —dijo la abeja—. Tomas la voz de tu garganta y la pones en mi cámara vocal, sacando a cambio mi voz y poniéndola en tu garganta. Entonces te darás cuenta.

El enano pensó: «Sí, eso no puede fallar. Al fin, es igual que tenga esta o

aquella voz, con tal que sea voz de bajo». Arrancó de su garganta la voz de oso, la trasplantó a la cámara del oso Bruno y buscó la voz de éste. Entonces la abeja le picó al enano en los dedos.

—¡Ay, ay! ¡Me has engañado! — gritó el enano con voz de falsete.

—¿Qué es eso de que te he engañado? —contestó la abeja—. Méteme en tu garganta y verás lo bien que te pico.

El enano volvió furioso a su cueva. Y Bruno caminó doce días y doce noches hasta encontrar la colmena de la abeja que le había devuelto la voz.

—Ay —suspiró Angélica—. Si Sigrid quisiera jugar conmigo, yo también recobraría mi hermosa voz.

—Qué cuento más bonito —dijo Katrin, entusiasmada.

—Ha sido largo. Rápido, que hemos olvidado el tiempo. Falta un minuto para que termine la hora de los muñecos —dijo Ana.

En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron, y Katrin no tuvo tiempo ni para decir «hasta mañana».

Carolina ¿sólo sabe contar hasta tres?

BUENOS DÍAS, Katrin —dijo mamá.

—Buenos días —la voz de Katrin sonaba algo ronca, como si aún estuviera medio dormida.

—Veo que últimamente duermes muy bien —dijo mamá, bromeando.

—Es que los muñecos me necesitan de noche.

—Niña, niña —se rió mamá—, tú

estás chiflada con tus muñecos.

La madre se sentó al borde de la cama de Katrin y dijo:

—Oye, Katrin. Hoy salgo con tu padre y pasaré todo el día fuera. La comida está preparada en el frigorífico. Te basta con sacar la cazuela a las once y media y calentarla en el horno. El desayuno está en la mesa, y de la cena ya me ocuparé yo cuando volvamos.

—¿Adónde vas, mamá?

—Tengo muchas cosas que hacer en la ciudad. Lo primero, hablar con el doctor Hasenkötter.

—¿Estás enferma?

—No, hija. No se trata de mí. El

doctor Hasenkötter sabe quitar los lunares. Por eso voy a verlo.

—¿Se me irá el lunar?

—Aún no lo sé con seguridad. Tengo que hablar con el médico —Katrin quedó pensativa, y mamá le preguntó—: ¿No tienes ganas de que te desaparezca?

Katrin recordó las muchas veces que le echaron en cara lo del lunar, y contestó:

—Sí, me alegro de que desaparezca. Pero ¿tendré que ir pronto al médico?

—Calculo que la operación será en vacaciones.

—Eso está bien. Para entonces habré ayudado a todos los muñecos —y

respiró con alivio.

La madre sacudió la cabeza, pero se rió y dijo:

—Pórtate bien, cierra la puerta, no pierdas la llave, apaga el gas, no dejes abierto el grifo del agua, que no entren en casa niños desconocidos, no abras si suena el timbre y ve a casa de tía Lina si tienes algún problema.

Y siguió con sus recomendaciones, como hacen todas las madres cuando salen fuera por unas horas.

Katrin contestó:

—Sí, mamá. Claro, mamá. Me acordaré, mamá. Naturalmente, mamá. Puedes estar tranquila.

Papá le dio un beso en la frente y metió prisa, impaciente, porque no quería llegar tarde al trabajo. Por último se oyó el chirrido de la llave al cerrar la puerta.

Katrin, después de vestirse, se lavó con tres gotas de agua. El jabón se lo ahorró. Se peinó y desayunó pan con mermelada.

«Hoy es un buen día para llevar a Carolina al colegio», pensó Katrin. Metió la muñeca en la cartera. Pero la pierna derecha de Carolina volvía a salir una y otra vez. Le dejó la llave a tía Lina y se fue al colegio.

La señorita Kunze dijo:

—Niños, dadme vuestros cuadernos, que vea lo que habéis escrito.

Katrin consiguió sacar el cuaderno sin enseñar ni un mechón de pelo de la muñeca. Pero resulta que los deberes de Katrin estaban emborronados.

La maestra arrugó la frente y preguntó con severidad:

—¿Qué ha pasado, Katrin?

Eso no presagiaba nada bueno.

—Creo que lo ha hecho Carolina —contestó Katrin en voz baja.

—¿Quién es Carolina? ¿Una amiga tuya?

—No, es mi muñeca —contestó Katrin, y se puso un poco colorada.

—Lo ha hecho la muñeca, lo ha hecho la muñeca —cuchichearon los niños, burlándose de la tonta de Katrin.

—La tengo en la cartera —aclaró la niña.

—Eso es más bonito aún. Ahora traes la muñeca al colegio. Sácala ahora mismo y la pones ahí delante, sobre el pupitre.

La maestra no entregó a Katrin la ficha de aplicación y siguió adelante.

Luego le dio pena haber tratado a Katrin con tanta dureza. Cogió la muñeca y dijo:

—Mirad, niños. La muñeca Carolina es realmente muy bonita y tiene pelo de

verdad.

—Pero es un poco tonta, señorita Kunze —dijo Katrin—. Por eso ha querido venir al colegio.

—¿Cómo sabes que tu muñeca es tonta?

—Me lo dijo ella misma. Sólo sabe contar hasta tres y quiere aprender más.

—¿Por qué no le enseñamos algo de cuentas a Carolina? —preguntó la maestra—. ¿Quién empieza?

—Dos es la mitad de cuatro —dijo Fred.

—Dos y dos son cuatro.

—Tres y uno también.

—Dos y tres son cinco.

Entonces saltó el pequeño Paul y dijo:

—Once y cuatro son quince.

—Alto —dijo la maestra—, que eso es demasiado difícil para Carolina. Ella debe aprender a contar. Vamos a contar avanzando de dos en dos hasta diez.

Con tantos ejercicios pasó el tiempo muy de prisa. Carolina llegó a tener los mofletes rojos. Cuando sonó el timbre del recreo, todos gritaron:

—¡Qué lástima!

Después del recreo, escribieron en el cuaderno la frase: «La muñeca de Katrin se llama Carolina». El que mejor lo hiciera, podría pintar a Carolina. A

las once, cuando terminó la clase, la señorita Kunze dijo:

—Katrin ha tenido una buena idea al traer su muñeca al colegio. Pero ¿ha aprendido a contar?

—Haré la prueba esta noche, en la hora de los muñecos —dijo la niña.

—Sí, a lo mejor ha aprendido —pero la maestra sonrió como sonríen los mayores delante de los niños cuando creen estar mejor enterados que ellos.

Después de comer, y de cerrar bien el frigorífico, apagar el gas, fregar los platos y colocarlos en el armario, Katrin fue a buscar una cajita en el armario de la cocina. Encontró pronto lo que quería.

Tenía pintado encima un flan maravilloso, de color verde, transparente. «Budín», se leía en grandes letras blancas. El letrero seguía: «de arándanos».

—¿Qué sabor tendrán los arándanos? ¿Lo sabrá Wendelin?

Dio la vuelta a la caja y se llevó un susto. Toda la parte superior estaba escrita con letra pequeña.

—Esto no lo sé leer —dijo—. Pero puede que ahí se explique cómo hay que hacer el budín. ¿Con leche o cuajo? No, con agua. ¿Caliente o fría? ¿Mucha o poca? Creo que debo ir a consultar a tía Lina. Eso me dijo mamá: «Hija, si tienes

algún problema, acude a tía Lina».

Pero esta vez la tía Lina no le pudo sacar de dudas. Había perdido las gafas. Tía Lina, sin gafas, era tan ciega como una gallina a medianoche.

—¿Para qué quieres que te lo lea?

—Para saber cómo se hace el budín.

—Eso lo sabe cualquiera —dijo tía Lina—. Mira.

Sacó agua caliente de una olla grande: la puso en un cazo. Revolvió en él los polvos verdes y después lo colocó sobre la mesa.

—Listo —dijo.

—Esto parece agua —dijo Katrin.

—Hay que esperar seis horas,

Katinka. Necesita seis horas para solidificarse.

—Gracias, tía Lina.

Llevó el cazo a su habitación, con mucho cuidado, y lo dejó sobre la cómoda, cerca de Wendelin.

Se asomó a la ventana.

Las niñas, sentadas en la esquina del patio, se lanzaban el balón una a otra. Elena llevaba a Bipo debajo del brazo. Desde su magnífica restauración, la niña se separaba de él lo menos posible, incluso lo acostaba en su cama.

Fue corriendo al patio. Y se acercó sin ningún miedo a las niñas para decirles:

—Ya sé el primer cuento.

—¿A que es *Caperucita Roja*? —
refunfuñó Sigrid.

—Calla y deja contar a Katrin —
dijo Elena con energía.

Sigrid la miró con extrañeza. Katrin contó el cuento, y cuando dijo al final «Éste era el primer cuento», Elena, Dora y Beate estaban entusiasmadas.

Sólo Sigrid dijo:

—Todo mentira.

Por la tarde, la madre trajo buenas noticias del doctor Hasenkötter.

—Katrin, te visitará el primer día de vacaciones. El doctor Hasenkötter quiere ver tu lunar. A lo mejor te lo

puede quitar. No necesitas estar mucho tiempo en el hospital. A los pocos días te traeremos a casa. Tu madrina me ha dicho que, cuando todo pase, te hará el regalo que le pidas.

—Qué bien, mamá. Lo que quiero es un vestido rosa. Que se parezca al de la muñeca Úrsula.

Katrin había olvidado por completo el budín verde. La madre se fijó en él al llevarla a la cama.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

—Me lo hizo tía Lina.

—Yo creía que no te gustaba el budín.

—Es para Wendelin, mamá. Es lo que come más a gusto.

*El cuento del martes:
«Carolina y Wendelin
no quieren ir a casa
de la anciana»*

AQUELLA NOCHE, al despertar,
Katrin oyó la voz de Carolina:

—Uno, dos, tres, cuatro... —y así
hasta diez. Katrin iba a aplaudir cuando
Wendelin dijo:

—Otra vez desde el principio,

hermanita.

Carolina contó dócilmente. Entonces Katrin vio a Wendelin a la luz de la luna, inclinado sobre el cazo de budín. A cada número se comía una cucharada.

Cuando Carolina contó por cuarta vez hasta diez, Wendelin respiró contento y chasqueó la lengua.

—Ahora tengo que despertar a Katrin —dijo.

—Hace tiempo que estoy despierta; he estado viendo lo mucho que te gustaba el budín —contestó Katrin.

—Y como tenías tanto apetito, ni nos has visto entrar —dijo Ana.

—Sí, es cierto. Pero deseaba tanto

el budín, que casi me dan ganas de llorar cuando lo recuerdo.

—Bien —dijo Katrin—. Pero ahora contadme un cuento. Empezad, Carolina y Wendelin.

—Yo no puedo más —dijo Wendelin, bostezando—. Cuenta tú, Carolina.

Ésta, sin hacerse de rogar, empezó:

—Voy a contar cómo nos convertimos en los muñecos de Katrin.

Wendelin estuvo de acuerdo.

WENDELIN y yo éramos dos muñecos muy especiales. El fabricante trabajó

mucho tiempo con nosotros, a veces hasta bien entrada la noche. Quiso hacer unos muñecos capaces de estar hablando todo el día. Por fin lo consiguió. Nos puso una voz en el vientre. A poco que nos moviéramos, yo decía: «Mamá, mamá», y Wendelin: «Precioso, precioso».

Puede parecer que no es gran cosa que un muñeco pronuncie algunas palabras. Pero sí lo es. Porque todos los muñecos saben lo difícil que resulta pronunciar palabras fuera de la hora de los muñecos.

Nos embalaron en cajas de cartón. El fabricante escribió encima:

«Cuidado. Muy frágil». Se refería sólo a nuestra voz, pues en lo demás éramos como todos los muñecos y podíamos aguantar bien los golpes.

Fuimos a parar a una gran juguetería que se encuentra en medio de la ciudad. Era una buena época para los juguetes, pues la Navidad estaba al llegar. El señor Schmitz nos colocó en el mejor sitio de todo el local: en la mesa más próxima a la puerta de entrada, para que todos pudieran vernos.

Wendelin y yo estábamos de acuerdo: los dos queríamos que fuera una niña pequeña quien nos adoptara.

Muchas niñas se quedaban

mirándonos y a gusto nos habrían llevado consigo. Pero como teníamos aquellas voces tan preciosas, resultábamos muy caros. Las madres sacudían siempre la cabeza cuando oían el precio.

—Ya lo decía yo —se lamentó el señor Schmitz—. Esos chismes (se refería a nosotros) han traído la desgracia a esta casa. Se quedarán en la tienda.

Wendelin y yo nos echamos a temblar, pues es una vergüenza para los muñecos permanecer mucho tiempo sin ser vendidos.

Pero el tendero se equivocaba.

Tres días antes de Navidad se detuvo un camión delante de la tienda. El conductor bajó de él. El motor rugía sordamente. Todos los anaqueles temblaban.

—Deseo comprar dos muñecos.

El camionero dijo estas palabras casi a gritos. Golpeó con el puño sobre el mostrador, y todos los muñecos que en él estaban cayeron al suelo aterrorizados.

—Bien —dijo el tendero—, ¿qué edad tiene la niña?

—Vaya, me gusta el chiste —se rió el camionero—. La niña tiene setenta y dos años.

—¿Setenta y dos años?

El señor Schmitz se quedó mudo. Y eso, en él, quería decir mucho.

—¡La *niña* es mi vieja tía! —chilló el camionero. No era capaz de hablar en voz baja—. Colecciona muñecos. Tenemos que regalarle uno en todas las fiestas: cumpleaños, santo, hasta por el cumpleaños de su perro. Para Navidad me ha pedido dos.

—Muy bien. La anciana señora, ¿juega con sus muñecos? —preguntó el tendero.

—Pero ¿es que quiere usted burlarse de mí? —gritó el camionero con voz de trueno.

El señor Schmitz palideció, y quiso excusarse:

—En modo alguno, señor, en modo alguno.

—Ella coloca todos los muñecos sobre un armario. Los baja por las mañanas y les quita el polvo con un plumero. Eso es todo.

—Bien, bien —dijo el tendero, pensando que esa respuesta valía hasta para el extraño caso del camionero.

—Bueno, ¿tiene usted algo para mí?

—Claro que sí. Aquí —dijo el comerciante Schmitz tomándonos en sus manos—, aquí tengo algo muy especial. Dos muñecos preciosos. Como

fabricados para su tía.

Yo me quedé de piedra. Figuraos: estar siempre sentados en un armario, sentir todos los días en la cara el feo plumero y no ver a ningún niño, ni poder jugar. Deseé morirme. Pero Wendelin tuvo una buena idea.

El camionero nos miró fijamente y murmuró:

—La vieja está mal de la cabeza: dos muñecos de una vez.

Entonces dijo Wendelin:

—Precioso, precioso.

—¿Qué? ¿Eso le parece precioso?

—vociferó el conductor, y miró al señor Schmitz, pues pensó que las palabras

venían de él.

—En absoluto, señor —se apresuró a contestar. Entonces se acercó su mujer; quería ayudar a su marido a atender a aquel cliente difícil.

—Creo que me voy a llevar los muñecos —dijo el conductor.

—Oh, mamá, mamá —suspiré yo.

—¿Qué pasa aquí? —y el camionero miró con severidad a la mujer.

—¡Precioso, precioso! —exclamó Wendelin con todas sus fuerzas.

—Al diablo —dijo el hombre—. Que me voy a enfadar...

—Precioso, precioso —repitió Wendelin.

Y yo añadí:

—Oh, mamá, mamá.

—No quiero volverme loco —gritó el camionero.

—Pero, señor —le dijo Schmitz, desesperando—, que son los muñecos los que han hablado.

—¿Qué? ¿Estos muñecos? ¿Se atreve encima a mentir?

—Oh, mamá, mamá —dije yo.

Y Wendelin:

—¡Precioso, precioso!

Entonces el conductor me cogió con su mano izquierda y a Wendelin con la derecha. Tenía las manos tan grandes como sartenes.

—Ahora vais a hablar, ¡ajá! Un camionero no se va a dejar engañar por un comerciante.

Nos estrujó con sus manos hasta que dentro de nosotros sonó un pequeño ruido —*crac*—, y nos lanzó contra la mesa.

Se marchó sin saludar. El señor Schmitz nos movió hacia un lado y hacia otro, con precaución; pero Wendelin y yo no dijimos ni pío. Habíamos perdido la voz.

—Ya sabía yo —se lamentó— que esta pareja nos iba a traer la desgracia.

En aquel momento, Katrin, llegó tu madrina a la tienda y dijo:

—¿Cómo pueden unos muñecos traer la desgracia, señor Schmitz?

—Lléveselos, lléveselos —se apresuró a decir el tendero. Puso un precio muy bajo. Tu tía pensaba regalarte una muñeca para Navidad, pero al oír aquel precio, hizo envolver los dos. Así vinimos a parar a tu casa y escapamos de caer en el armario de la anciana.



—Así fue —confirmó Wendelin—. Ahora sabéis también por qué Carolina se asusta y le tiemblan los párpados siempre que pasa cerca un camión.

—Es que pienso —confesó Carolina — que puede ser aquel abominable camionero.

—¡Qué cuento tan bonito el vuestro! —dijo Katrin—; y además es verdadero. Llegasteis aquí como regalo de mi madrina. Ahora quiero que me traiga para mi santo un vestido rosa.

Úrsula se echó a temblar, diciendo:

—Terrible.

Katrin no pudo contener la risa y preguntó:

—¿A quién le toca mañana contar el cuento?

—Bueno, si tú me ayudas... —dijo Beatriz.

—Eso no va a ser fácil. Una pierna de muñeca no se encuentra todos los días —dijo Katrin.

—Daos prisa —les recordó Bipo a los muñecos—, que nuestro tiempo se acaba.

Katrin pinta piernas de muñeca

KATRIN se pasó toda la mañana pensando cómo conseguir una pierna para Beatriz. No encontró ninguna solución. Preguntó a seis niñas de su curso; al fin, en la clase de pintura, le dijo en voz baja a su compañera:

—¿No tienes por ahí una pierna de muñeca?

—¿Qué cuchicheos son éstos? —

preguntó la señorita Kunze, y pensó: «Ya es hora de que llegue la semana de vacaciones. Yo estoy nerviosa perdida, y Katrin tampoco es capaz de atender cinco minutos seguidos».

Los niños debían pintar a su madre tendiendo la ropa. Después enseñarían el dibujo a la maestra. Peter pintó los calzoncillos largos de su padre colgados en la cuerda. En el cuadro de Inge, la madre sacaba una sábana de la cesta.

—Katrin, ¿me muestras tu dibujo?
—dijo la señorita Kunze. Katrin se acercó a la mesa. La señorita Kunze se enfadó al mirar la hoja de la niña. Allí no había cuerda, ni cesta, ni ropa blanca;

faltaba hasta la figura de la madre. Katrin había pintado catorce hermosas piernas de muñeca. Cada pierna tenía un calcetín y un zapato de charol. Era un bello cuadro, pero la señorita Kunze no se puso contenta.

Después, Katrin explicó el nuevo cuento a las cuatro niñas. Ni siquiera Sigrid pudo contener la risa al oír cómo Wendelin con su «precioso, precioso», y Carolina con su «mamá, mamá», se habían librado de la vieja coleccionista y de su armario.

—Hoy puedes jugar un poquito con nosotros —dijo Dora.

Pero aquel día Katrin estaba

preocupada con otras cosas.

—¿Veis? —dijo Sigrid—. Katrin es una creída. No quiere jugar con nosotras.

—Me gustaría mucho... —Katrin titubeó un instante—. Me gustaría mucho, pero necesito una pierna de muñeca.

—¿Una pierna de muñeca? —preguntó Elena—. ¿Para qué?

—Quiere jugar con una pierna de muñeca —se burló Sigrid.

—He prometido llevársela a la muñeca de Dora —dijo Katrin en voz baja.

—¿Quieres conseguir una pierna

nueva para mi Beatriz? —Dora quedó sorprendida.

—Sí, para tu Beatriz.

Dora corrió a casa, buscó a Beatriz, la encontró debajo del sofá y se la llevó a Katrin.

—Sí, parece que está triste —dijo Elena.

—Por eso ya no juego con ella —dijo Dora.

—¿Quién te va a dar una pierna? —preguntó Beate.

—En mi casa tenemos piernas de muñeca —dijo Sigrid, como sin querer —, pero no las voy a traer.

Sigrid formó con el pie un montículo

de arena y luego añadió:

—Yo ya no tengo muñecas. Mi hermano las rompió todas jugando a los médicos. Angélica es como si no existiera. Está en el estante y no la puedo tocar. Yo ya no juego con muñecas. Ahora voy al patio. ¿Venís conmigo?

Dora dejó su muñeca sobre el banco, cerca de la ventana, y siguió a las otras niñas que iban detrás de Sigrid. Entonces Katrin recogió a Beatriz y subió las escaleras. Sigrid vivía en el último piso. Llamó al timbre y abrió la señora Simón.

—Sigrid no está —dijo la señora.

—Ya lo sé, señora Simón.

—Entonces, ¿vienes a verme a mí?

—la señora Simón sonrió mientras abría la puerta—. Pocas veces vienen a visitarme aquí arriba. Entra, entra.

Fue a la cocina, seguida de Katrin. Una claraboya iluminaba un poco la estancia.

La señora Simón volvió a sentarse para seguir con la costura. Tenía una verdadera montaña de ropa sobre la mesa.

—¿Qué te pasa, hija? —preguntó sin levantar la vista de su labor.

—Busco una pierna para la muñeca de Dora, señora Simón. Sigrid ha dicho

que aquí hay varias.

—Es posible. Mira por ahí, en el armario de los juguetes.

Allí estaban los juguetes de Sigrid, revueltos y abandonados: la peonza, los restos de una casita de muñecas, una comba, pucheritos y mil cachivaches más. Angélica estaba sentada en el rincón.

—¿Por qué Sigrid no puede jugar con Angélica, señora Simón?

—Sigrid es muy descuidada —contestó la señora—. A mí me gustaría que tratara a sus muñecas con cariño. Pero ella prefiere andar por la calle. Un juguete no le dura más de tres días.

Katrin encontró, en efecto, trozos de varias muñecas, cuerpos rotos, una cabeza sin pelo y con las cuencas de los ojos vacías y también tres piernas. Probó cuál le estaba mejor a Angélica. Ninguna encajaba del todo bien. Al fin se decidió por una que le iba un poco corta.

La ajustó al hueco de la pierna de la muñeca. ¿La sujetaría con algún pegamento? No, no era conveniente, porque entonces Beatriz no podría moverla. Para una bailarina es peor tener una pierna rígida que carecer de ella.

—¿Quieres que te ayude? —

preguntó la señora Simón.

—Pero ¿sabrás?

—Claro. En nuestra casa del bosque teníamos muchas muñecas.

Sentó a Beatriz en su regazo, sacó del costurero una aguja de gancho y extrajo del interior de la muñeca una cinta elástica. Reforzó la punta con tres nudos y la hizo entrar en la nueva pierna. Se oyó un ruido —*clap*— y las piernas quedaron fuertes y resistentes.

—Casi no se nota que la nueva pierna no es de Beatriz —afirmó Katrin.

—Debe ponerse una suela en el zapato izquierdo; así nadie descubrirá que la pierna es más corta —dijo la

señora Simón.

—Ya se lo diré —prometió Katrin.

Después de bajar las escaleras hasta llegar al patio, volvió a sentar a Beatriz en el banco, cerca de la ventana.

Por la tarde cayó un aguacero y las niñas se refugiaron en sus casas. Pero Dora olvidó a Beatriz. La muñeca tuvo que pasar la noche en el banco, cerca de la ventana, expuesta al viento y a la lluvia.

*El cuento del
miércoles:*

*«La lechuza de la
mirada ardiente»*

LLEGÓ LA HORA de los muñecos, pero Beatriz faltó a la cita. Fue una noche tenebrosa. Negras nubes sobrevolaron los tejados. La luna brilló sólo por breves instantes, entre pequeños claros del cielo, iluminando la

habitación de Katrin.

«¿Será que Beatriz no puede abrir la puerta del patio?», se preguntó Katrin. Esperó impaciente su llegada. ¡Qué sorpresa se llevarían los otros muñecos cuando vieran su nueva pierna!

—No te preocupes —gruñó Bipo—. Un muñeco encuentra siempre el camino.

—A mí me parece —dijo Ana— que Beatriz se ha encontrado con su amigo el gato Micifuz. Entonces le costará un cuarto de hora llegar hasta aquí.

—¿Quién es Micifuz? —preguntó Katrin.

—Ya lo conoces —contestó Carolina riendo disimuladamente—.

Vive cuatro casas más a la izquierda: es un gato negro muy grande.

—El gato que sube a los tejados y de noche da esos maullidos tan tremendos, ¿es amigo de Beatriz?

—Sí. Da esos maullidos porque llama a su amiga —dijo Wendelin.

—¿Y por qué Beatriz le hace esperar? —preguntó Katrin—. ¿No le gusta ya?

—No, no es eso —dijo Ana, indignada—. Micifuz es un gran amigo. Beatriz sentía vergüenza por haber perdido una pierna. Pero ahora ya no tiene por qué avergonzarse —Ana les guiñó el ojo a los otros muñecos.

—¿Que no tiene por qué avergonzarse? —preguntó Katrin mirando a los muñecos con desconfianza.

—Tú lo puedes todo, si quieres ayudarnos —contestó Wendelin—. Seguro que le has puesto la pierna, Katrin.

—Sois unos pillos —dijo la niña riendo—. Pues es verdad: le he puesto la pierna. Es un poco corta, pero no se nota.

—¡Ay, ay! —se quejó Bipo. También los otros muñecos bajaron la cabeza.

—Sí: ¿vosotros creéis que es tan fácil encontrar una pierna de muñeca?

—Katrin se ofendió—. Lo cierto es que Beatriz está muy contenta con su nueva pierna.

—¡Ay, ay! —gimió Bipo otra vez.

—Es que ella es muy coqueta —explicó Wendelin.

—A lo mejor no viene por eso, para no tener que enseñar su pierna corta.

Alguien llamó a la ventana. Todos vieron al gato negro a través de los cristales. Beatriz iba montada en su lomo.

—No digáis que sabemos lo de la pierna corta —dijo Ana entre susurros.

—No, no, no —repetieron los muñecos en voz baja.

Katrin abrió la ventana. Micifuz saltó a la alfombra con un brinco elegante.

Beatriz bailó sobre su espalda, dio vueltas, saltó, dobló su ágil cuerpo y movió los brazos con mucha gracia, lanzó las piernas al aire y agitó la blanca faldita.

—¡Maravilloso! —alabó Katrin aplaudiendo.

Esto asustó al gato negro, que saltó sobre la cómoda y erizó el lomo.

Por eso Beatriz, que acababa de ensayar una hermosa pirueta en el aire, no aterrizó en la blanda piel del gato, sino que cayó sobre la alfombra:

¡*bumba!* Se asombró tanto que los demás se echaron a reír.

A Beatriz no le importó.

—Mirad mi nueva pierna —dijo, dando vueltas. Todos se alegraron.

—Realmente —dijo Wendelin— parece hecha a la medida.

—Y no es más corta —exclamó Ana.

Katrin cogió a Beatriz y le comparó las dos piernas.

—Pues es verdad —dijo, asombrada—. Las dos piernas son exactamente iguales. ¿Cómo es posible? Pero si hace unas horas a la pierna nueva le faltaba el ancho de un dedo...

Beatriz puso su brazo alrededor del

cuello de Katrin y la estrechó fuertemente.

—Eres una niña buena —le dijo al oído—. Te estoy muy, muy agradecida.

Pero luego dijo en voz alta:

—Ya veis, Katrin me ha fabricado una pierna nueva. Y Micifuz, mi querido amigo, ha conseguido que la pierna me encaje perfectamente.

Micifuz ronroneó de placer y enseñó sus ojos verdes.

—Cuéntanos cómo fue —dijeron los muñecos.

—Huy, fue terrible —empezó Beatriz. Al gato se le erizaron los pelos del cogote y le temblaron los blancos

bigotes.

CUANDO la señora Simón me ajustó la pierna, noté en seguida que era un poco más corta. Eso es muy incómodo para una bailarina. Yo no sabía si alegrarme o no. Por si fuera poco, Dora se olvidó de mí y la fría lluvia me caló hasta la camisa. Total, que cuando llegó Micifuz, yo estaba hecha una lástima. Pero Micifuz es un gato sabio. Adivinó en el acto lo que me pasaba y dijo:

—Caliéntate primero con mi piel. Luego ya veremos.

Cuando tienes el cuerpo seco y

caliente, el mundo parece mucho más bello. Micifuz y yo nos preguntábamos cómo se podría alargar la pierna corta. Él quiso atarle una cuerda y tirar de ella, pero yo no estuve conforme. La cuerda podría romperse y entonces me quedaría otra vez con una pierna sólo. Después me propuso clavar una suela gruesa en el zapato. Pero ¿os parece bien que una bailarina lleve ese tipo de suelas? Seguimos pensando y pensando. En esto noté que Micifuz se acariciaba una y otra vez el bigote con la pata izquierda. Como lo conozco bien, supe que estaba dándole vueltas a una idea.

Le pregunté, no lo dejé tranquilo

hasta que me confió su idea.

—En lo más profundo del bosque — dijo ronroneando— vive una lechuza vieja, muy vieja. Tan vieja como el bosque mismo. Tiene unos ojos como platos y una mirada ardiente y sombría. Cuando fija sus ojos en algo, el fuego de su mirada lo vuelve tan blando como la yema de un huevo, aunque sea de hierro o de piedra. Si esa lechuza mira tu pierna, ésta se volverá blanda y flexible. Entonces podrás alargarla un poco, antes de que se enfríe y se endurezca de nuevo.

—¡Maravilloso! —dije, saltando sobre el lomo de mi gato—. ¡Adelante!

¡En marcha! Corre todo lo que puedas hasta llegar al interior del bosque.

—Alto, alto —dijo él—. Hay un problema. Imagina que la lechuza mire demasiado tiempo tu pierna. Entonces se derretirá y tú volverás a tener una pierna sólo.

¿Qué hacer? Pero Micifuz, como he dicho, es un gato muy listo. Mientras estábamos reflexionando, saltó del banco al suelo y anduvo dando vueltas entre los cubos de basura.

—¿Adónde vas, Micifuz? ¿Quieres dejarme en la estacada?

El gato ronroneó por toda respuesta. No podía hablar porque traía un ratón en

la boca.

—¡Huy, un ratón! —chillé, poniéndome de puntillas.

—No hagas eso —murmuró entre dientes—. Este animal será nuestra salvación.

—¿Nuestra salvación? ¿Cómo nos va a salvar un ratón?

—Ya lo verás.

Tuve que montar sobre su lomo. El gato tomó al ratón entre los dientes y se puso en camino.

Abandonamos la ciudad, saltamos setos y vallas, y más de una vez pensé que me iba a desgarrar el vestido en alambradas y espinos.

Al fin llegamos al oscuro bosque.
Allí pudimos descansar. Micifuz me
explicó lo que yo debía hacer.

—Canta tres veces:

*Lechuza, lechuza,
¿por qué el sol te asusta?
Lechuza, lechuza,
mírame, que me gusta.*

Ella se acercará a ti y te mirará
fijamente.

—¿Y luego? —pregunté muy
excitada.

—Luego no olvides tirar de tu pierna
—dijo.

—Esperemos que no me derrita como la mantequilla al sol.

—Eso corre de mi cuenta. Pero cuando yo te llame, salta a mi espalda, ocurra lo que ocurra, y agárrate a mis orejas.

Micifuz se ocultó en la maleza. Podéis imaginar cómo me latía el corazón cuando empecé a gritar:

*Lechuza, lechuza,
¿por qué el sol te asusta?
Lechuza, lechuza,
mírame, que me gusta.*

A la tercera vez que lo canté, oí un

rumor en los árboles. Una sombra apareció entre la vegetación y la vieja y gris lechuza fue a posarse en una rama, a tres pasos de distancia.

—Mi mirada es ardiente como nunca —ululó con voz lúgubre.

Abrió de pronto sus ojos verdes, redondos como platos, y me miró fijamente. Sentí que un rayo traspasaba mi cuerpo. Tiré violentamente de mi pierna. Y se estiró como si fuese cera blanda. Sentí que el calor me penetraba hasta el corazón. Entonces Micifuz le lanzó el ratón a las garras.

—Jo, jo, un ratón —ululó la lechuza. Apartó de mí la mirada, planeó y

atrapó al ratón. Entonces Micifuz me gritó:

—Rápido, rápido.

Yo me sujeté bien a su lomo. El gato escapó tan raudo que sus patas apenas tocaban el suelo. Y ahora... ya veis.

Beatriz se puso de puntillas y empezó a bailar. Nadie podría decir cuál era su pierna original y cuál la nueva. Se parecían como un huevo a otro.

—Fue una aventura peligrosa — comentó Wendelin, con un suspiro de alivio.

Carolina miró el despertador y avisó:

—A ver si Beatriz cuenta un cuento, que la hora de los muñecos va a terminar.

—¿Un cuento? —Katrin se echó a reír—. Tontos, ¿no habéis notado que Beatriz acaba de contar un cuento maravilloso?

Estuvieron aún un rato charlando. Al fin, el gato y Beatriz saltaron por la ventana. Y los otros muñecos se fueron a sus casas.

Katrin aprende a hacer ganchillo

UN COLLAR para Ana, un camisón para Úrsula, y Angélica que quiere jugar —suspiraba Katrin preocupada. Fue a casa de tía Lina y llamó al timbre. ¡Ella le diría qué hacer!

Pero tía Lina estaba enfurruñada. Sus ojos, sin gafas, parecían negros y de gran tamaño. Había tres periódicos sobre la mesita. Hasta el ganchillo

estaba en el costurero.

Tía Lina se dejó caer en la mecedora y puso las manos en su regazo.

—¿Estás enferma, tía Lina? — preguntó Katrin.

—No he vuelto a estar enferma desde que tuve el sarampión a los cuatro años —contestó tía Lina, malhumorada.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Las gafas. He buscado por todos los rincones, pero como tengo mala vista y no se puede ver con las manos, es difícil encontrar algo.

—Yo las buscaré, tía Lina.

—Hazlo, hija. A lo mejor tienes más suerte que yo. Mira primero debajo del

sofá.

Katrin se arrastró debajo del sofá.

—¿No hay nada?

—Nada, tía Lina.

—¿No habrán caído debajo del armario?

Katrin se tumbó en el suelo y miró debajo del armario. Estaba oscuro. Buscó con un palo de escoba. Apareció un grano de café y un ganchillo; pero de las gafas, ni rastro.

—¿Las habré dejado en el escritorio? —dijo tía Lina. Se levantó del sillón y avanzó con las manos extendidas hacia el mueble que había en el rincón, cerca de la ventana.

Lo abrió y aparecieron seis cajoncitos. Tía Lina los registró uno por uno y volvió a cerrarlos.

—Nada. Nada —murmuró.

Katrin se sentó en la mecedora de tía Lina y se balanceó un poco. Deslizó su mano entre los almohadones del asiento y tropezó con un metal delgado y frío.

—Las gafas —dijo—. Tía Lina, aquí están, en la mecedora.

—Gracias sean dadas a Dios —exclamó tía Lina, poniéndose las gafas. Sus ojos recobraron un aspecto más amable. Hasta las arrugas se le alisaron un poco.

Se sentó en la mecedora, con un

sentimiento de alivio, y cogió el ganchillo.

—Te has portado bien, Katinka. Toma como recompensa el último confite de la caja. ¿Deseas algo más?

—Un camisón de muñeca —dijo Katrin.

—¿Un camisón para una muñeca? Bien. Tengo que coser algunas cosas a máquina; entonces te lo haré.

—¿No puede ser hoy mismo, tía Lina? —insistió la niña.

—Imposible, Katinka. Me quedan por leer tres periódicos, y además hace tres días que no hago punto. Tengo mucho que recuperar.

—Lástima —se quejó Katrin.

—A lo mejor puedes hacerlo tú misma —tía Lina sonrió y, viendo que Katrin no se resignaba, le dijo—: Puedo darte un ganchillo y lana. Yo te lo empiezo y luego sigues tú.

Buscó en el cesto algunos ovillos de lana azul, tomó la aguja en la mano y entre los dedos le fue creciendo, como por arte de magia, una cadeneta azul.

—Bien, ahora puedes seguir.

A Katrin le bastó con tomar la aguja en la mano derecha y enrollar el hilo de lana alrededor del dedo índice izquierdo. Tía Lina se lo explicó así:

—Rodea la aguja con el hilo,

engancha la lana y hazla pasar por el lacito.

Katrin se sorprendió de lo fácil que era. Ya había tejido un trozo de camisón. No dejaba de repetir en voz baja:

—Rodear con el hilo, enganchar, pasar por el lacito.



Se le sonrosaron las mejillas de lo concentrada que estaba. Ya no tuvo tiempo para fijarse en tía Lina. Ésta se alegró mucho viendo la aplicación de la niña; por eso olvidó los periódicos y tejió con otra aguja, en menos de un cuarto de hora, toda la espalda del camisón. A Katrin le costó mucho más. Se le crisparon los dedos con aquel trabajo al que no estaba acostumbrada. Tía Lina quiso terminarle la faena, pero Katrin no se lo permitió. Por la noche ya había enrollado, enganchado y pasado la última hebra de lana. La verdad es que los puntos le salieron bastante

desiguales, unos grandes, otros pequeños, y el delantero era mucho más estrecho que la espalda. Pero tía Lina le alabó la obra:

—Para un primer trabajo está muy bien.

Tía Lina cosió con rápidas puntadas el delantero y la espalda.

—Sí, es un camisón precioso —dijo Katrin con orgullo.

Tía Lina pensó en su interior: «Se parece más a un saco de patatas», pero no se lo dijo a la niña.

Katrin corrió a casa y enseñó la labor a su madre.

—¿Lo has hecho tú sola,

espabiladilla? —le preguntó mamá.

—Tía Lina me ha ayudado — confesó Katrin—, pero el delantero lo he hecho yo sola.

—Eres una niña hacendosa —la madre, muy contenta, le dio un beso en la mejilla.

Las cuatro niñas se habían sentado en el patio, a la espera del nuevo cuento. Bipo y Beatriz también estaban presentes.

—Baja, Katrin —gritaron. Hacía mucho tiempo que no la invitaban. Katrin bajó las escaleras de dos en dos.

*El cuento del jueves:
«Los tres deseos de
Úrsula»*

ÚRSULA dio un beso a Katrin.

Le temblaban las manos de pura impaciencia. Se quitó el vestido y las dos enaguas para ponerse el camisón de lana.

—Por fin —dijo una y otra vez.

—Con la ropa de fiesta no parecía tan bonita, ¿verdad? —le susurró

Wendelin a Katrin.

La niña le dio a Úrsula el espejito de bolsillo.

—Ténnmelo, Bipo —le rogó Úrsula, que se movió delante del espejito como si se probara un traje de baile.

La luna iluminaba la habitación con sus tenues rayos.

—El azul es mi color preferido —confesó Úrsula—. No podéis imaginar lo feliz que me siento de quitarme al fin estos vestidos.

—No te comprendo —susurró Angélica. Su voz era ya tan débil que apenas se podía percibir—. Tu vestido es bonito...

—Eso pensaba yo antes —confesó Úrsula—. Pero así empieza ya mi cuento.

Todos los muñecos se sentaron en corro. Úrsula acarició con cariño su camión de lana y comenzó:

A MÍ ME HICIERON en una fábrica de juguetes. Llevaba una falda roja y una blusa blanca, como las demás muñecas que habían nacido por aquellas fechas. Pero algo había en mí que me diferenciaba de mis novecientas noventa y nueve hermanas. Porque habéis de saber que éramos mellizas. Las otras

novecientas noventa y nueve eran todas iguales. A las mellizas les pasa como a los gemelos o a los trillizos. Pero la artesana tuvo una distracción conmigo. En lugar de los dos zapatos negros de charol que llevaban mis hermanas, me puso un solo zapato. Y me calzó en el pie izquierdo una bota roja. Mis hermanas descubrieron el error en la hora de los muñecos. Hubo risas y susurros. Todas me miraban. Yo me apuré mucho. Cuando se acabó, sentí mucho alivio y deseé no asistir más a la hora de los muñecos. Al día siguiente empaquetaron a todas mis hermanas en una caja grande. Pero a mí el

empaquetador me metió en un cesto.

—¿Quién va a querer una muñeca con dos zapatos distintos? —murmuró.

Me quedé sola. Llegó la noche. No me atreví a salir del cesto en nuestra hora, porque temí las burlas de las quinientas hermanas empaquetadas aquel día. Me asomé por una rendija a la alegre reunión. Todas llevaban dos enaguas y un vestido precioso: cien vestidos de color verde pálido, cien rosas, cien blancos, cien de color amarillo limón y cien de color hueso. Era un espectáculo maravilloso. Yo estaba deslumbrada.

De pronto hubo silencio. Las

muñecas permanecieron inmóviles. Se había abierto la puerta. Entró el príncipe de las muñecas. Vestía ropajes de seda azul y llevaba un sombrero de plumas sobre el cabello ensortijado. Las muñecas hicieron una profunda reverencia y sus vestidos se esponjaron como nenúfares en el estanque. El príncipe miró triste a las muñecas y dijo:

—Estoy muy preocupado.

—A lo mejor podemos ayudarte —dijo la más antigua de las quinientas.

—A lo mejor, a lo mejor —contestó el príncipe—. Enseñadme los pies.

Las quinientas sacaron las puntas de

los pies bajo las largas faldas, conteniendo la risa. La más antigua se atrevió a levantar un poco la falda. El príncipe podría admirar sus hermosas enaguas. Pero sólo se fijó en los zapatos.

Pasó revista a todas las muñecas. Y su cara se volvió cada vez más sombría.

Al llegar a la última muñeca, se encogió de hombros y dijo:

—Ya me lo temía. Vosotras tampoco lleváis mi hermosa botita.

Tuve un sobresalto. Observé de pronto que el príncipe llevaba una bota roja en un pie y un zapato negro de charol en el otro. Sin pensarlo dos

veces, salí de mi cesto, hice una reverencia profunda y dije:

—Yo puedo ayudarte, hermoso príncipe. Tengo tu bota.

Teníais que haberlo visto. Se postró en el suelo y me suplicó:

—¿Me permites, Úrsula? —y me quitó la bota con sus propias manos. Luego se sacó el zapato negro de charol, me lo calzó y lo ató con un lazo precioso. Después de ajustarme el zapato, se calzó su bota roja, movió el dedo gordo del pie hacia arriba y hacia abajo y dijo—: Sí, es ésta. Encaja perfectamente.

Las quinientas muñecas repitieron a

coro:

—Sí, encaja perfectamente. Sí, encaja perfectamente. ¡Bravo, bravo! — y batieron palmas.

El príncipe levantó su brazo y hubo un silencio general.

—Y tú, muñeca Úrsula —me dijo—, vas a recibir una recompensa. Puedes hacerme tres peticiones. Lo que pidas, se cumplirá.

Dicho esto, desapareció de nuestra vista.

—¡Qué suerte tienes! —exclamaron las quinientas. Pero había pasado nuestra hora y yo volví al cesto.

Estuve desvelada toda la noche

pensando en las tres peticiones. Al fin me dije: la primera, un vestido como el de las demás y con dos enaguas debajo. Me quedará bien.

Dicho y hecho. En un abrir y cerrar de ojos me vi ataviada con un vestido rosa en lugar de la falda y la blusa.



A la mañana siguiente me vio el empaquetador, me miró por todos lados y murmuró:

—Algo ha pasado aquí —y me agregó a las quinientas.

Yo tenía mi segundo deseo y dije:

—Me gustaría recorrer el mundo.

Nada más pronunciar estas palabras, me vi empaquetada con las quinientas en una gran caja. Allí dentro había una oscuridad total; mucho traqueteo y muchas sacudidas. Nos apretujaron sin contemplaciones.

—Es para el correo —dijo la más antigua de las quinientas. Yo comprendí

que estaba a punto de recorrer el ancho mundo. Me lo había imaginado mucho más bonito, claro está, y respiré con alivio cuando nos sacaron de la oscura caja. Lo que vi luego me gustó mucho más. En una gran plaza instalaban una feria. Nuestra caja desapareció entre tirovivos y tenderetes, carritos de helados y teatros de títeres. Nosotras pertenecíamos a la tómbola. Como yo estaba en la parte alta de la caja, el empleado me cogió la primera. Y me colocó en el rincón más alto, entre una vasija de cristal y una silla plegable. Luego distribuyó a las quinientas muñecas en los distintos estantes. Podía

ver el panorama de la feria desde mi sitio.

La fiesta comenzó el domingo por la mañana, después de misa. Cuando la gente salió de la iglesia, los tivovivos empezaron a girar, y la música sonó en todos los puestos de venta. El dueño de la tómbola gritó:

—Aquí todos ganan. Basta sacar la papeleta. El que juega, gana.

La gente se aglomeró delante de nuestro puesto. Todos tenían caras alegres. Yo estaba muy contenta con mi suerte. Cada vez que tocaba premio, el agraciado se acercaba a nosotras y se llevaba algo. Al cabo de una hora

habían desaparecido ya doce muñecas. Yo seguía allá arriba, muy tranquila. Nadie pedía una muñeca del estante más alto porque en los de abajo tenían bastante para elegir. La feria duró tres días. Nos trasladaron a otro lugar. Y de allí a otro, y así sucesivamente, durante todo el verano. De ese modo se cumplió mi segunda petición. Recorrí el mundo. Y llegó el otoño. Sentía frío con mi vestido de fiesta y me di cuenta de que un vestido bonito no siempre es práctico. De las quinientas muñecas, sólo quedaban veinticuatro. Y sólo tres llevaban vestido rosa. Una tarde oí cómo el dueño de la tómbola decía:

—A la tómbola, señoras y señores. Hoy es el último día. Mañana cerramos la temporada.

Me llevé un susto. Estaba harta de viajes. Observé también que mi voz comenzaba a apagarse, porque ningún niño jugaba conmigo. Y para colmo, volvieron a colocarme arriba. Esperé con ansia que alguien me eligiera. Un abuelo sacó una papeleta de la urna roja.

El dueño subió la escalerilla y gritó:

—¿Qué quiere, abuelo? Mire a su alrededor. Aquí hay todo lo que usted pueda desear —el abuelo no acababa de decidirse—. ¿Tal vez un juego de té chino para su mujer? —preguntó el

vendedor. El abuelo sacudió la cabeza —. ¿O un osito de peluche azul para su nietecita?

El anciano se lo pensó un rato, pero luego volvió a sacudir la cabeza.

—Deme eso —dijo al fin, señalando hacia la esquina.

Creí que se me paraba el pulso de la alegría.

—Ajá, la muñeca rosa —dijo el vendedor.

—No, no —contestó el abuelo—. La silla plegable, por favor. Me vendrá bien para el jardín.

Mi esperanza se vino abajo. Las manecillas del reloj de la torre

marcaban más de las doce. ¿Iba a pasar el invierno empaquetada en una caja, entre bolas de alcanfor? No. Me negaba. Por eso dije:

—Expreso mi último deseo: quiero que me compren.

Antes del minuto me había elegido una señora. Me señaló con el dedo y dijo:

—Quiero esa muñeca.

—Ah, sí, una muñeca vestida de rosa —contestó el vendedor: y fue a coger una de las del estante inferior.

Pero la señora no miraba en esa dirección; me quería a mí. Y comentó:

—Arriba está siempre lo mejor.

Quiero la muñeca del anaquel superior.

El vendedor me bajó, un poco a regañadientes. La señora era la madre de Beate. Así fui a parar a su casa.

—Un cuento tan bonito como los otros —dijo Katrin—. Pero quiero preguntarte algo, Úrsula, antes de que os vayáis.

—¿Sí?

—¿Por qué estabas tan descontenta con tu precioso vestido y tus enaguas?

Todas las muñecas se echaron a reír. Wendelin dijo:

—¿Tú crees que se puede jugar

vistiendo ropas de fiesta?

Carolina arrugó la nariz y explicó:

—Se ve cualquier mancha.

Y Angélica dijo con voz muy fina:

—No hay cosa peor que tener que llevar siempre un buen vestido. No puede una ni moverse.

Era tarde. Las muñecas debían marcharse.

—Acuérdate de mí —suplicó Ana.

—No me olvides —rogó Angélica.

Katrin se dio la vuelta. Antes de conciliar el sueño, se dijo: «Tengo que pensar si de verdad me conviene tener un vestido de fiesta y unas enaguas».

El collar que estaba en el cubo de la basura

POR LA TARDE, Katrin contó a sus amigas el cuento que había escuchado de labios de Úrsula.

—Nunca hubiera creído que corrió tantas aventuras —dijo Beate. Y apretó la muñeca contra su pecho—. Yo también quiero que tía Lina me enseñe a hacer ganchillo para tejerle más

vestidos a Úrsula.

—¡Qué bien! —dijo Katrin—. No es difícil.

—Estoy deseando que aprendas otro cuento para que nos lo cuentes mañana. Mi Angélica no sabe ninguno —dijo Sigrid—. Se pasa el día sentada en el estante y no me dejan jugar con ella. ¿Qué se puede contar de una vida tan aburrida?

—Vosotras debéis ayudarme —dijo Katrin—; que si no, a mí se me acaban los cuentos.

—¿Es que ya no entiendes a las muñecas? —preguntó Sigrid, volviendo a su antiguo tono burlón.

—Tengo que encontrarle a Ana el collar que perdió no sé dónde: un collar rojo con un colgante, una estrella azul.

—Sí, perdió el collar —dijo Elena.

Beate bajó la cabeza. Se le ocurrió pensar que alguien lo habría robado. En algún sitio tenía que estar. Pero ¿dónde iba a buscarlo?

—¿Un collar rojo? —preguntó Dora—. ¿Dónde he visto yo un collar rojo? Estaba roto, y las cuentas sueltas por el suelo.

Frunció la frente y se puso a pensar.

—Ya lo sé —dijo de pronto. Corrió al cubo de la basura y levantó la tapa—. Aquí, mirad, aquí están las cuentas.

Katrin fue la primera en acercarse al cubo.

—Está también la estrella.

Katrin la tomó en la mano.

Buscaron las cuentas entre la basura, las limpiaron con pañuelos y las fueron depositando en el hueco de la mano de Katrin.

—Qué suerte tan grande —exclamó Katrin—. Mañana ya no hubiera encontrado las cuentas.

—Vamos a ensartarlas —dijo Dora.

—Estáis locas con vuestras muñecas —dijo Sigrid, malhumorada—. Los cuentos os están comiendo el coco. Me voy a jugar. ¿Quién viene?

Miró a su alrededor. Pero Dora, Elena y Beate prefirieron quedarse con Katrin. Sigrid se marchó furiosa.

—Eso le pasa porque no la dejan jugar con Angélica —dijo Dora.

—¿Cómo podemos conseguir que la señora Simón se lo permita? —preguntó Beate.

—Yo se lo pedí —confesó Katrin—. Pero ella me contestó que a su hija las muñecas le han durado, como mucho, tres días.

—Creo que ahora Sigrid tendría más cuidado con Angélica —dijo Dora—. También nosotras nos portamos mejor con nuestras muñecas.

—Debemos contar a la señora Simón lo de Angélica y su voz —dijo Katrin—. A lo mejor entonces le levanta el castigo.

*El cuento del viernes:
«La operación del
rey Escama Dorada»*

MIENTRAS durmió, Katrin no soltó el collar de su mano. A Wendelin le costó mucho despertarla. Le hizo cosquillas debajo de la nariz, pero Katrin se movió y siguió durmiendo. Debió de pensar que era un mosquito que la rondaba. Al fin lo intentó con un pie que asomaba entre las sábanas.

¡Huy! Entonces Katrin se enderezó en la cama y abrió los ojos.

—Ya he visto el collar —dijo Ana. Y señaló la mano de Katrin. Su cara, que solía estar seria, se iluminó: Ana se reía.

Katrin le puso el collar. El colgante con la estrella azul brilló a la luz de la luna. Ana lo cogió con ambas manos.

—Oh, qué contenta estoy —dijo—. Casi había perdido la esperanza de encontrarlo. El collar es mi único recuerdo de Pietruska.

—¿Quién es Pietruska, Ana? —preguntó Úrsula.

—Lo sabréis si escucháis mi cuento

—dijo Ana. Su voz sonó profunda y cálida. Miró a través de la ventana, lejos, muy lejos.

YO SOY una muñeca vieja. Tu madre ya jugaba conmigo, Elena. Siendo ella niña, yo conocí a Pietruska. Era maravillosa. Si yo no hubiese preferido a tu madre, quién sabe dónde me encontraría ahora.

Bueno, pues la madre de Elena y yo éramos inseparables. Siempre me llevaba consigo a todas partes. Y yo estaba día y noche con ella. Cuando iba al corral a dar de comer a las gallinas me cogía en brazos. Claro que no

siempre podía ser así. Generalmente me solía sujetar con su cinturón de cuero. No me gustaba mucho que digamos; pero lo que más agradece una muñeca es estar con su niña. En aquella época me ocurrió la cosa más rara de toda mi larga vida.

Fue una noche tibia de junio, cuando la oscuridad dura pocas horas. El abuelo iba a salir a pescar anguilas.

La madre de Elena tenía mucha ilusión por pasar una noche de verano al aire libre, y le insistió tanto al abuelo, que éste cedió:

—Bueno, te llevaré. Pero lo vas a pasar mal como no aguantas. No podrás

volver a casa hasta el amanecer.

El abuelo cargó una manta más a la espalda. La madre de Elena me llevó consigo, y partimos.

Amanecía cuando llegamos al lago. El abuelo cebó los anzuelos con lombrices que sólo se pueden coger en las noches húmedas, y los lanzó al agua. Dejó los últimos metros del sedal enrollados sobre la hierba de la orilla y ató su cabo a una rama. Así la anguila, si mordía el anzuelo, no podría arrastrar el sedal muy lejos y seguiría tirando, si quedaba atrapada. Entonces el abuelo la sacaría a la orilla. Éste era su plan. Aunque la época era buena y no había

luna en el cielo, no picó ni un solo pez.

El abuelo acabó por impacientarse. Sacó todos los sedales del agua y los cebó de nuevo. Pero tampoco esto sirvió de nada. No pescaba ninguna anguila. La madre de Elena se había envuelto en su manta y dormía profundamente. Yo me había escapado de su mano.

—¿Qué les pasa a los peces? —dijo el abuelo, malhumorado. Empezó a bostezar, encendió su pipa y se sintió cansado, muy cansado.

—Como los peces no pican, yo también voy a dormir —murmuró al fin.

Había extendido tres sedales. Ató dos cabos alrededor de los dedos

gordos de sus pies para despertarse apenas tirase de ellos un pez. El tercer cabo lo sujetó con la mano. Luego me cogió a mí y me dijo entre risas: «Las anguilas que hoy piquen las puedes atrapar tú», y me ató el sedal a la pierna.

Se echó la manta al hombro y pronto concilio el sueño.

Acababa de empezar la hora de los muñecos. Entonces sentí un fuerte tirón en la pierna. «Un pez tira del sedal», fue lo primero que pensé. La anguila debía de ser grande, pues me arrastraba hacia el agua oscura.

Yo resistí con todas mis fuerzas y grité a voz en cuello. Pero mis gritos se

perdieron en el vacío. Ni el abuelo ni mi dueña tenían aparato acústico para voces de muñecas. Dormían tan tranquilos, mientras a mí me arrastraban hacia el centro del lago.

Las fuerzas eran desiguales. Ya sentía el agua bajo las suelas de los zapatos cuando, por si fuera poco, resbalé en el lodo y me sumergí hasta el fondo. Creo que perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, escuché cómo una gruesa anguila decía a un pez flaco y plateado:

—Pietruska, lleva la muñeca a la presencia del rey Escama Dorada. A lo mejor ella lo puede ayudar. Tiene

brazos, manos y dedos como los hombres.

—Ven conmigo —me dijo Pietruska. Oí su hermosa voz y me desapareció todo el miedo que tenía.

Caminé ligera como si el fondo del lago fuese una alfombra de terciopelo oscuro. Verdes plantas formaban espléndidos arcos sobre mi cabeza, y contemplé piedras descomunales y maravillosos palacios de moluscos. Por fin llegamos a un castillo blanco, de ensueño.

—Aquí vive nuestro rey —me explicó Pietruska—. No tengas miedo. Es un rey pacífico.

Un vigilante nos detuvo delante del castillo. Era un lucio enorme que tenía mil dientes afilados en la boca.

Pietruska se mantuvo a prudente distancia.

—La anguila de lomo negro la arrastró hasta aquí —dijo—. Debe presentarse ante nuestro rey.

—Que entre —contestó el lucio abriendo la puerta.

—Sepárate un poco —le pidió Pietruska—. Sabes tu inclinación a dar mordiscos cuando te aprieta el hambre.

—No te preocupes, miedoso. En primer lugar, estoy lleno, y en segundo lugar, yo no doy mordiscos estando de

servicio.

Observé que Pietruska, a pesar de las palabras tranquilizadoras del lucio, temblaba un poco. Apretamos el paso hasta llegar al vestíbulo. Doce percas rayadas levantaron sus espinas y nos dieron escolta. A la puerta de la sala siguiente fueron relevadas por doce gobios rojos. En un pabellón muy espacioso, construido con conchas blancas y azules, se unieron a nosotros doce truchas ligeramente jaspeadas.

—Estamos en seguida —me dijo Pietruska al oído.

Nos encontramos ante un portón adornado con maravillosas perlas.

Pietruska llamó tres veces con su cola. Las doce truchas retrocedieron un poco. Una suave corriente de agua abrió la puerta, y nos alumbró una luz verdosa. Pero no se veía ninguna lámpara ni araña de cristal que produjera aquella iluminación. Cuando mi vista se habituó a la luz, observé que eran miles y miles de pececillos los que iluminaban el salón con su fosforescencia. La pared del fondo estaba ocupada por una montaña negra, y por su cima corría una ancha y blanca carretera.

—Haz una reverencia —me susurró Pietruska.

Me puse de rodillas, aun sin haber

visto al rey. Entonces vi un resplandor y lo reconocí por sus escamas doradas en el lomo. Lo que había tomado por una montaña negra era en realidad una carpa gigante de color oscuro; y la carretera blanca, un lazo que llevaba alrededor de la cabeza. La carpa más grande que he visto en mi vida.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó el rey con voz profunda y dolorida.

—¿Qué debo hacer? —pregunté.

—Ven aquí, muñequita.

Pietruska me dio un empujoncito en la espalda.

—Acércate sin miedo.

Avancé valiente hacia el rey Escama

Dorada. Debía de ser muy anciano, pues en lugar de corona le crecía en la cabeza un musgo de brillo dorado.

—Mira mi boca, niña, y dime lo que ves.

Lo primero de todo vi colgar a ambos lados de la boca un largo bigote negro. La boca de la carpa era rosada por dentro. Se acercaron cinco peces fosforescentes para que yo pudiera ver mejor y se introdujeron en la cavidad bucal del rey. Entonces me expliqué los dolores de éste, y dije:

—Majestad, tiene un gran anzuelo en el paladar, y aún cuelga de él un trozo del grueso sedal.

Salieron los peces fosforescentes, y el rey dijo:

—Bien has visto, niña. Ya conoces mi mal. Al masticar y al tragar, me duele el paladar terriblemente. Y el sedal me hace cosquillas. ¿Puedes librarme de este suplicio?

—Lo intentaré. Abra Su Majestad la boca.

Cobré ánimo al ver que en aquel castillo del fondo del mar me trataban como a un huésped querido.

—Pececillos fosforescentes, venid —ordené. Llegaron al instante. Yo así el anzuelo con las dos manos y tiré de él. Pero el anzuelo no se movió. Estaba

clavado en la capa córnea del paladar. Lo intenté una y otra vez hasta que me fallaron las fuerzas. Agotada, hice una seña a los peces para que se alejaran.

—Así no puede ser, Majestad —dije—. Dadme un día de plazo para reflexionar. Puede que tenga alguna idea.

—Bien —contestó el rey—. Pietruska, permanece junto a ella —y dirigiéndose a mí—: Mi mayordomo te mostrará tu aposento.

El mayordomo de palacio era un gran cangrejo. Tenía aspecto alegre. Daba gusto ver cómo caminaba para atrás, haciendo crujir sus grandes pinzas.

—Por aquí, señora —dijo, señalándome un aposento de color azul marino.

—Es nuestra más hermosa habitación de huéspedes —dijo Pietruska—. Hasta la ondina «Pata de pato» se hospedó aquí cuando nos visitó hace cuarenta y nueve años.

Yo estaba tan cansada, debido a los sustos y las emociones, que me dejé caer sobre un blando lecho de algas y me quedé profundamente dormida. No sé exactamente las horas que llevaba durmiendo cuando Pietruska me despertó rozándome suavemente con su aleta. El sueño bajo las frías aguas me

había confortado prodigiosamente. No necesité discurrir mucho tiempo para dar con un plan de curación para el rey.

—Consígueme un cuchillo, Pietruska —dije.

—Estamos en el agua, niña, no en tierra firme. Aquí los cuchillos se oxidan en seguida.

—¿No hay entonces algo cortante en el fondo? —pregunté.

—Claro que sí. En el valle profundo queda aún un esqueleto de lucio. Un diente de su boca...

—No, eso no sirve. Debe ser más grande.

—Tendremos que afilar una concha

dura de molusco —propuso Pietruska.

—Sí, a lo mejor puedo sacar así el anzuelo —dije.

Pietruska habló con tres veloces percas. Los peces me enseñaron una gruesa concha de molusco.

—Tiene que estar tan afilada como una navaja de afeitar —dije.

—Dad una vuelta por el lago y afiladla contra la arena. Su borde tiene que cortar —ordenó Pietruska.

El pez plateado me iba gustando cada vez más. Además de ser muy educado, tenía buenas ideas.

Pasó un buen rato hasta que las percas hicieron la ronda por el mar;

pero al fin regresaron. La concha aún no estaba lo bastante afilada.

—Haced otra ronda, por favor — dijo Pietruska.

Esta vez puso un guijarro piano en el orificio del molusco. Así la presión contra la arena sería mayor y quedaría antes afilada y cortante.

—Nuestro rey sufrió un grave accidente en la última excursión —me contó Pietruska—. Nadaba con su séquito por la fosa de las Libélulas cuando encontró de pronto una patata del tamaño de un puño. Las patatas son el manjar preferido del rey Escama Dorada. Pero un pescador había metido

su anzuelo en aquel manjar apetitoso. El rey se tragó la patata sin sospechar nada malo. Al sentir el acero en el paladar, rompió el sedal con su gran fuerza, pero no pudo librarse del anzuelo. Esperemos que tú lo consigas —suspiró Pietruska—, porque nosotros no podemos perder a nuestro rey Escama Dorada. Es el rey más pacífico que se pueda imaginar. Allá, en el mar de los Sargazos, reina un tiburón; nadie está seguro de su vida.

Regresaron las percas. Se encontraban un poco cansadas, pues no fue tan fácil arrastrar la concha con el guijarro dentro. Pero, por fin, la concha estaba cortante como los dientes de un

ratón.

Me llevaron inmediatamente al salón azul.

—Bien, a ver si hoy tienes éxito —dijo el rey.

—Así lo espero. Tengo que extraer el anzuelo.

—Y eso, ¿no hará daño? —preguntó el rey.

—No creo, pues apenas tenéis sensibilidad en vuestro paladar córneo.

—Ojalá no brote sangre —suspiró el rey—. No me gusta ver sangre.

—Tendré cuidado —prometí.

El rey abrió la boca. Hice dos cortes en el paladar, a la izquierda y a la

derecha del anzuelo. Luego fue fácil extraerlo.

—Esto está hecho —dije, mostrando al rey carpa el anzuelo.

—¡Bravo! —exclamó el rey—. Tienes una mano delicada. Ahora mismo te nombro jefe de todos los médicos de palacio.

—Pero yo quiero volver a tierra, para estar con los míos.

—Nada, nada. Tú te casarás con Pietruska. Tendrás a tu disposición ciento veintidós criados que os proveerán de todo lo que necesitéis.

—Os ruego, rey Escama Dorada, que me permitáis regresar a tierra.

—Ahora, basta. Ya te irás acostumbrando.

A la carpa se le bajaron completamente las guías del bigote. Pietruska me sacó del salón regio, pues sabía que cuando Escama Dorada dejaba caer así el bigote, no cambiaba de opinión.

Yo quise llorar, pero dentro del agua nadie ve las lágrimas.

—Queridísimo Pietruska —le supliqué—, tú me caes muy simpático. Pero prefiero mil veces a mi amiga. Así que déjame volver, por favor.

Pietruska cerró los ojos. Eso, en los peces, es señal de profunda tristeza.

—A gusto te retendría conmigo, muñequita —dijo—, pero no quiero forzarte. Aguanta hasta la noche, que entonces te llevaré a la orilla.



Me enseñó muchas cosas; me habló del camarón, que sabe predecir el futuro; de la serpiente de mar, que conoce los cuentos más pintorescos, y de las ostras, que forman las hermosas perlas. Pero yo sólo deseaba que llegara la noche, porque tenía mucha nostalgia de la tierra. Al fin, con las primeras sombras, Pietruska me señaló el camino. Pude reconocer los nenúfares en la superficie del agua cuando Pietruska, como despedida, me puso el collar que Katrin me ha devuelto. Comprenderéis el gran cariño que le tengo a este collar.

—Claro que lo comprendemos —
dijo Úrsula.

—Qué maravillas cuentas, Ana —
dijo Katrin suspirando—. Dime sólo en
dos palabras, antes de que pase vuestra
hora, cómo volviste a casa de la madre
de Elena.

—Fue así: la madre de Elena iba
todos los días a la orilla del lago para
buscarme. Al fin, me encontró. Las dos
nos sentimos felices. Pero el abuelo se
ladeó la gorra, se rascó detrás de la
oreja, me miró fijamente y murmuró:
«Aquí hay gato encerrado».

Bipo y Úrsula estaban ya en el
umbral de la puerta.

—Katrin, Katrin, acuérdate de mí —
susurró Angélica.

Sigrid puede jugar con muñecas

LA SEÑORITA KUNZE dijo el sábado en la clase:

—El lunes empiezan las vacaciones, niños. Y durarán toda la semana.

—¿Y nos darán las notas? —dijo Helmut.

—Sí, os darán las primeras calificaciones.

Katrin llevó a casa su cuaderno de

notas. No sabía exactamente lo que significaba y sentía algo de miedo, porque su madre le había dicho:

—A ver si me traes buenas notas.

Lo primero que hizo fue enseñarle el cuaderno. La madre, después de leerlo, la miró con cara seria.

—¿Qué dice? —preguntó Katrin.

—«Katrin comenzó bien» —leyó la madre—. Pero abajo hay una frase que me gusta menos. Dice: «Katrin parece distraída en las últimas clases».

—Seguro que mejoro, mamá —prometió Katrin.

—Así lo espero yo también —dijo la madre—. De todos modos, mañana

por la mañana vamos a casa de tía Marión. Dormiremos allí y el lunes iremos a ver al doctor Hasenkötter.

—¿Me va a hacer daño? —preguntó Katrin con miedo. Se acordaba del rey Escama Dorada.

—No sentirás nada, hija —la consoló mamá—. Cuando vuelvas a casa a los dos días, el lunar habrá desaparecido.

Katrin calló un momento, para decir luego:

—¿Sabes una cosa, mamá? Ya me da igual tener el lunar o no tenerlo.

Más tarde, Katrin fue a reunirse con sus amigas.

—Sigrid está enferma —dijo Dora—. Tiene dolor de estómago y está en la cama.

—¿Podemos ir a visitarla para contarle el cuento?

—Podemos intentarlo —dijo Elena.

Subieron las escaleras. La señora Simón abrió la puerta.

—Si no armáis jaleo y os portáis bien, podéis verla —dijo.

Las niñas prometieron ser buenas.

Sigrid estaba tendida en el sofá.

—Qué bien que hayáis venido. Ya estaba esperando el cuento de Katrin.

La señora Simón se sentó en un rincón y Katrin empezó a contar el

cuento de Ana.

—¿Dónde aprendiste el cuento? —le preguntó cuando Katrin terminó.

—Me lo han contado las muñecas, señora Simón. ¿Sabe que el mayor deseo de Angélica es jugar con Sigrid?

—¿De veras? —preguntó la señora Simón. Se fue al estante, cogió a Angélica y se la puso a Sigrid en los brazos.

—Gracias, mamá —dijo Sigrid—. Verás qué bien trato a esta muñeca.

—Mañana me marcho a la ciudad —anunció Katrin—. Voy al médico. Pero antes os contaré el cuento de Angélica.

Elena tenía aún en la cabeza la

historia de su muñeca.

—Mi madre quiso mucho a su muñeca. Ella me dijo que una vez la perdió en el lago y que a los tres días la volvió a encontrar. Durante la guerra, cuando tuvo que abandonar la casa y la granja con la abuela y el abuelo, se llevó a Ana consigo. Fue lo único que mi madre trajo de su tierra.

Elena acarició a su muñeca y le dijo al oído:

—Yo también te quiero mucho, ¿sabes?

*El cuento del
sábado:*

*«Por qué los
girasoles inclinan la
cabeza»*

KATRIN no pudo dormir aquella noche. No hizo más que pensar en el doctor Hasenkötter y en si sentiría dolor cuando le quitase el lunar. Al fin cayó en

un sueño ligero y agitado. Cuando la puerta chirrió un poco, volvió a desvelarse. Era Bipo, que traía a Angélica sobre los hombros. Era una Angélica completamente distinta. Saludó a Katrin y a las dos muñecas toda contenta, y dijo con voz fuerte y sonora:

—Ha sido Katrin. La señora Simón le dio permiso a Sigrid para jugar conmigo. Escuchad mi voz. ¿No es tan hermosa como en otros tiempos?

—Sí —confirmó Carolina.

—Bueno —dijo Katrin—, puedes contarnos con tu voz sana una bonita historia.

—Claro —prometió Angélica—.

Hoy os voy a contar por qué los girasoles inclinan sus cabezas. Sentaos, que empiezo:

ANTIGUAMENTE, cuando los girasoles aún erguían sus cabezas rectas y orgullosas, los elfos revoloteaban de flor en flor y buscaban vivienda para el verano. Al borde del jardín crecían dos girasoles. El labrador había perdido allí algunas semillas cuando salió a sembrar girasoles en el campo próximo. Porque habéis de saber que en aquella comarca se empleaban las pepitas de girasol para extraer aceite.

Su mujer descubrió pronto las robustas plantas que habían nacido entre amarantos y margaritas, pero no quiso arrancarlas.

Cada girasol dio tres hermosas flores, como si un pintor las hubiera pintado con cariño.

Cuando el padre elfo, acompañado por su mujer y su hija, vio una mañana aquellas espléndidas flores, quedó maravillado y exclamó:

—Aquí vamos a vivir todo el verano. Nunca tuvimos una casa tan hermosa.

La madre elfo y su hija estuvieron de acuerdo. El padre ocupó la flor más

grande, la madre se acomodó cerca de él y la hija eligió una flor más pequeña. La hija se llamaba Naburegulaburosa. Los elfos suelen llevar nombres muy sonoros. Pero yo prefiero llamarla Rosa, porque si no, se me traba la lengua. Como el sol ya asomaba dorado y resplandeciente en el cielo, se acostaron para dormir todo el día.

Por la noche despertó la niña elfo y bailaron las luciérnagas. Después de enderezarse la niña se restregó los ojos y no supo dónde estaba. Pero la madre elfo asomó la cabeza sobre el borde de las hojas y dijo:

—¿Verdad que aquí se está de

primera? —y su hija recordó al instante.

—Vamos a pasar un hermoso verano —añadió el padre elfo, muy satisfecho de su elección.

También en las otras flores había mucha animación. En las margaritas vivía una alegre colonia, y en los amarantos se organizó una escuela de danza para elfos. Había, pues, ocasiones de alternar. Pronto nacieron las primeras amistades de verano, entre flor y flor. La madre elfo inspeccionó los alrededores para buscar un nuevo alojamiento para su hija Rosa, que acababa de cumplir los ciento cincuenta y tres años. A esa edad las mujeres elfo suelen crear una

familia. Al amanecer, llegaron nuevos vecinos. Se posaron sobre el otro girasol y dieron gritos de entusiasmo:

—¡Magnífico! Yo nunca hubiera creído que al final del verano... ¡Alto! ¡Aquí nos quedamos!

Pero durante el día no hubo tiempo para hablar con ellos.

Al anochecer se formó un gran revuelo. Las voces airadas del padre despertaron a Rosa.

—¡Eso es una desfachatez! —bramaba.

—¡Que se vayan a otro lado! —dijo alguien de la planta próxima.

Rosa se enderezó asustada y miró al

girasol vecino. Entonces su mirada tropezó con un joven elfo maravilloso.

Sin preocuparse del alboroto del piso superior, le hizo una seña y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, joven elfo?

—Me llamo Kasikulakatikamir — contestó éste.

Como el nombre es difícil de pronunciar para nosotras, las muñecas, yo le llamo ahora Kasimir.

—Qué bonito —exclamó Rosa, mientras le brillaban los ojos y se le sonrojaba la tez...—. Yo me llamo...

En esto, su padre se asomó para gritarle:

—¡Calla, niña! No le dirijas la palabra a esa gente.

—¡Ay, Dios; ay, Dios! —gemía la madre elfo—; nos han estropeado este hermoso verano.

Rosa miró aún de reojo a Kasimir; pero comprobó que también a él le habían reñido sus padres.

El padre elfo se arrepintió luego de haber tratado a su hijita de aquella manera. Bajó volando hasta ella y la consoló:

—Hija, hemos tenido mala suerte con esa gente. Pero voy a contratar para ti a una gran mariposa nocturna de color blanco. Ella se posará al borde de la

flor y con sus alas tapará a nuestros vecinos.

Pero eso no le agradó a Rosa. Ella pensaba en Kasimir, y el corazón empezó a latirle más de prisa.

—A lo mejor es el marido indicado para mí.

Su padre no la oyó, pero su madre exclamó:

—¡Qué horror! Tú no entrarás jamás en esa familia.

—No digáis tonterías —murmuró alguien—. Nuestro hijo se merece mucho más.

—Jamás —dijo el padre elfo. Y Rosa sabía que cuando él decía *jamás*,

no había nada que hacer.

Contrataron a la mariposa para que tapara la vista de las flores vecinas. Entonces Rosa se puso triste, cada vez más triste. Su madre le propuso aprender danza en la escuela de los amarantos; pero ella hizo un gesto con la mano que quería decir *no*.

—Jamás —el padre remachó su prohibición, y alguien dijo también al otro lado:

—Jamás.

Una noche en que la gran mariposa se adormeció y dejó caer las alas, Rosa volvió a ver a su Kasimir. También él parecía muy pálido y triste. Alzó las

manos. Rosa observó que sus padres lo habían atado a la flor. Tenía una gruesa cadena enlazada en los brazos. Entonces Rosa dejó escapar «ayes» lastimeros. La mariposa se desveló de su duermevela y volvió a levantar las cortinas de sus alas.

—¿Por qué lloras, tonta? —murmuró su padre. Pero luego bajó junto a ella—. ¿No sabes el daño que me hizo el de la otra flor?

Rosa volvió la espalda a su padre y no quiso oírle. Pero él confió en que su hija lo comprendería, y le contó cómo había llegado a enemistarse con su vecino.

—Hace cuatrocientos treinta y dos años nosotros vivíamos alojados en un girasol, como ahora, y éstos eran nuestros vecinos. Nosotros éramos recién casados y nos llevábamos bien con ellos. Incluso hicimos alguna amistad, porque nos dedicábamos al mismo negocio. Él comerciaba con miel de flores, y yo también. Todo marchaba bien y yo entré en tratos con una abeja que residía lejos. La abeja quiso venderme una colmena repleta de miel. El precio que propuso era tan bajo que podía ser un negocio redondo para mí. Todo contento, le confié el asunto a mi vecino. Y no se le ocurrió otra cosa que

adelantárseme y birlarme el negocio ante mis propias narices.

Sí, a Rosa le pareció feo aquel comportamiento. Pero se atrevió a insistir:

—Yo no quiero casarme con el padre, sino con el hijo.

—Pamplinas. El hijo es tan malo como el padre. Quítate esa idea de la cabeza. Con un miembro de esa familia no se casa nadie —después sonrió con malicia—. Pero aquel mismo verano me vengué de él. Hice correr la voz de que la miel de la abeja forastera no era fresca y olía mal. Y él tuvo que quedarse con la colmena sin saber qué hacer con

ella. Al fin le dio salida a un precio tan bajo como el que había pagado.

El padre elfo se rió otra vez con malicia y volvió a su flor.

El verano tocaba a su fin. Rosa iba palideciendo más y más, y también Kasimir estaba muy triste. Pero los padres de ambos no daban su brazo a torcer. Y los girasoles perdieron la paciencia ante tanta obstinación. Las dos flores más pequeñas se doblaron poco a poco, de forma que Rosa y Kasimir se iban acercando cada vez más. Esto ocurrió tan lentamente que pasó inadvertido a todos.

A la tercera noche, la mariposa,

vencida por el sueño, dejó caer las alas. Las dos flores se habían aproximado tanto que Rosa pudo estrechar a Kasimir entre sus brazos. Su madre observó la escena y pegó un grito.

El padre, fuera de sí, empezó a alborotar. Pero no había nada que hacer. Cuando dos elfos se abrazan, ya están casados, pese a quien pese.

Los cuatro enronquecieron de tanto gritar, mientras que Rosa y Kasimir sonreían felices y acariciaban a los girasoles que habían tenido piedad de ellos.

El padre elfo salió volando encolerizado, y volvió al poco rato en

compañía del brujo Bodibocibobel.

—Castiga a los girasoles —le ordenó—. Adónde vamos a llegar si cada girasol hace lo que le da la gana...

El brujo Bodibocibobel levantó la varita mágica, murmuró un conjuro y dijo:

—Yo, el gran brujo, ordeno que en adelante todos los girasoles inclinen sus cabezas; pero en la misma dirección, a fin de que esta escena vergonzosa no se repita jamás.

Así fue. Los girasoles bajaron las cabezas. Los elfos tuvieron que pasar el resto del verano sobre flores inclinadas.

No fue agradable. El padre elfo

resbaló tres veces en la noche siguiente y a la tercera se hizo daño. Entonces vio a qué extremos le había llevado el absurdo altercado. Y no pudo menos de reírse de sí mismo. La madre elfo se alegró viendo que a su marido se le había pasado la cólera, y se rió con él. Por último, los vecinos también se rieron. Cuando se ríe en común, acaba la disputa.

En la semana siguiente se celebró la boda, y el padre elfo bailó con la esposa de su antiguo enemigo.

Los elfos de la escuela de danza batieron palmas. Rosa y Kasimir fueron muy felices. Y los girasoles supieron

sacar partido de su situación, pues desde entonces giran con sus cabezas hacia su padre, el Sol.

—Menos mal que el cuento ha tenido un final feliz —dijo Wendelin—. A mí no me gustan los cuentos tristes.

—Yo aún tengo que contaros algo triste —dijo Katrin.

—A ver, a ver. ¿Que las niñas siguen sin jugar contigo?

—No. Que ya no podrán meterse con mi lunar.

—¿Por qué?

—Ay, a lo mejor el lunes el doctor

Hasenkötter me quita el lunar —añadió Katrin.

—Qué lástima —se lamentaron los muñecos—. Luego ya no podrás comprendernos.

—Es verdad —dijo Katrin.

El reloj de la torre dio las doce de la noche. Los muñecos escaparon presurosos y Katrin oyó cómo el oso Bipo gruñía por las escaleras:

—Una verdadera lástima. Ya nos habíamos acostumbrado a esa chiquilla.

Wendelin volvió corriendo y le dijo a Katrin al oído:

—Si vuelven a cantarte *lunar, lunar*, tú ríete a carcajadas. La risa evita

siempre las burlas de los otros.

Pero ya había pasado la hora de los muñecos. Wendelin no tuvo tiempo ni para volver a su sitio. Por la mañana aún estaba en la cama de Katrin.

Katrin ya no está sola

AL DÍA SIGUIENTE era domingo. Katrin no tenía ganas de abrir los ojos. Oía las gotas de lluvia tamborilear en los cristales de la ventana. En la cocina hervía la cafetera y silbaba la olla del agua. Iba a dar una vuelta en la cama, cuando su padre asomó la cabeza por la puerta.

—Gorrito de dormir, ¿vas a

levantarte, o no? —le dijo en broma.

Katrin se estiró perezosamente, pero se levantó y fue a desayunar. Cuando regresaron de misa, la lluvia no había cesado. Papá dijo:

—Después de comer iremos a casa de tía Marión. Esta tarde televisan un partido y no quiero perdérmelo.

Sonó el timbre de la puerta. Era Dora.

—Todas estamos en casa de tía Lina. ¿Vienes tú también?

Katrin se marchó con ella. Las otras niñas estaban sentadas en el sofá. Aún quedaba un sitio libre para Dora. Sigrid se había sentado en la esquina. Todavía

estaba un poco pálida: pero no sentía dolores.

Tía Lina, que se balanceaba en su mecedora, pensó: «Ahora veremos cómo se portan con Katrin».

La niña se había sentado cerca de la mesa, pero le hubiera gustado hacerlo en el sofá. Elena se dio cuenta y dijo:

—Venga, apretaos un poco para hacer sitio a Katrin.

—No cabemos —murmuró Sigrid. Pero Beate, Dora y Elena se estrecharon más, y ella tuvo que hacer lo mismo.

—Sólo faltaba —dijo tía Lina— que mi viejo sofá no fuera bastante para cinco sardinas.

—Bueno —dijo Sigrid un poco impertinente—, a ver si mi Angélica contó algo.

—Sabía un cuento muy bonito —contestó Katrin.

Todas fijaron sus ojos en la niña, que repitió el cuento exactamente como lo oyó contar aquella noche.

—Y éste fue mi último cuento —concluyó Katrin.

—Lástima —dijo Elena—. Me gustaría oír uno cada día.

—¿No debías contarnos siete cuentos nuevos? —le preguntó Sigrid.

—Sí —contestó Katrin, que notó por un momento que le rondaba el antiguo

miedo a las niñas. ¿Se quedaría otra vez sola si no sabía más cuentos? Pero Elena dijo:

—Con cuento o sin cuento, yo te invito a mi fiesta de cumpleaños, que es el jueves, Katrin. Puedes llevar contigo a Wendelin y a Carolina.



Sigrid hizo una mueca, pero no dijo nada. Fue entonces cuando Katrin comprendió que la admitían en el grupo.

—Me gustaría contaros más cuentos, pues los muñecos saben tantos como pájaros se posan en el cerezo. Pero ya no los voy a comprender.

—¿Que no los vas a comprender?

—No —contestó Katrin—. A lo mejor mañana el doctor Hasenkötter me quita el lunar.

—¿El lunar? —se burló Sigrid.

Entonces Katrin se rió como le aconsejó Wendelin. Su risa fue contagiosa y todas rieron con ella. Con

la risa expulsaron todo el sufrimiento que hasta entonces la antipática palabra había causado en Katrin.

—La mancha que le permitía oír la voz de los muñecos —dijo Dora.

—Es una verdadera lástima —susurró Elena acariciando suavemente el lunar oscuro que tenía Katrin cerca de la oreja.

—¿Y si no puede quitarte el lunar? —preguntó Sigrid.

Katrin lo tenía pensado, y contestó:

—Me da igual. Con lunar y sin lunar, soy amiga vuestra, ¿verdad?

—Naturalmente —dijo Elena.

—Por supuesto —dijo Dora.

—Nuestra buena amiga —añadió

Beate.

¿Y Sigrid? Se quedó callada. Pero dio un beso a Katrin exactamente en el lugar del lunar.

—Vamos a brindar —dijo tía Lina, y sirvió zumo de frambuesa en seis vasos grandes.